



EMPEZO *en* BODA

Sara
MONTIEL



Fernando
FERNAN-GOMEZ


Editorial *ALFA*

Biblioteca Cine Nacional
SERIE  ALFA





A LAS 8 PM - LUCHANDO ATRÁS DE LA
CASA DE LOS VIEJOS
MILITARIOS



Reservados los derechos de
traducción y reproducción

IMPRESA COMERCIAL - MAS Y SALA

Valencia, 234 - Teléfono 70687

BARCELONA

Biblioteca Cine Nacional

Fundador y Director:

RAMON SALA VERDAGUER

Apartado 707 - Teléfono 70657

EDITORIAL

"ALAS"

AÑO VIII

Centro de reparto:

Sociedad General

Española de Librería

Calle de Barbacá, núm. 14-16

BARCELONA

AÑO VIII

SERIE ALFA

Núm. 71

Núm. 56

EMPEZO EN BODA...

Nos encontramos ante una nueva producción nacional de envergadura, muy bien concebida y mejor realizada, donde campea el buen humor, motivada por una trama simpática y bien hurgada. Son protagonistas de esta película **Sara Montiel**, agradable y simpática siempre, y el no menos dinámico galán **Fernando Fernán Gómez**, que enaltecen la producción, cuya narración hoy tenemos el gusto de presentarte.

CASA PRODUCTORA

MANUEL DE LARA

NUÑEZ DE BALBOA, 71 - MADRID

DISTRIBUCION

FILMOFONO

Avenida José Antonio, 67

Teléf. 24675 - MADRID

Paseo de Gracia, 80

Tel. 79597 - BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES

Carlos Fernando Fernán Gómez

Lina Sara Montiel

Guadalupe M. Sampedro

Julia Lajos

Secundados por .

Manuel Arbó

Rafael Bardem

Gabriel Algora

Mariano Alcón

Productor:

Manuel de Lara

Director:

Rafael Matarazzo

Operador:

Mariano R. Capillas

Fotógrafo:

Julio Ortas

Estudios:

Aranjuez

Laboratorio:

Madrid Film

MANUEL DE LARA

PRODUCER DE LARA - MADRID

FILMOFONO

Narración literaria de

«Micheline»

EMPEZO EN BODA...

RESUMEN ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

EMPEZO EN BODA...

A la puerta de la iglesia, inundada de sol, se alineaban en dos filas los convidados, mientras que dentro sonaba aún el órgano con toda su fuerza, como despidiendo a la pareja de recién casados que aparecían, sonriendo felices, en lo alto de la escalinata. Ella estaba muy mona con su vestido blanco, y él, correctamente vestido de chaqué, la conducía orgulloso de su brazo. Diríase una novela que empezaba donde las novelas suelen concluir.

Parientes y amigos, deteniéndoles para felicitarles y estrechar su mano, dificultaban su descenso, y en segundo término, «en la entrada general y de paseo», la multitud curiosa que acude inevitablemente a

todos los espectáculos gratuitos, aplaudía, dando vivas espontáneos y dedicando algún piropo a la novia, que había tenido la suerte de parecerles bien. Esta bajaba los ojos, ruborosa, y él, agradecido al fervoroso homenaje, sonreía a todo el mundo, ya que el mundo, en aquella mañana triunfal, parecía sonreírle también enteramente. En aquel instante, sin embargo, pegó un respingo, alarmado. Una voz autoritaria les acababa de gritar: «¡Quietos!», y cuando se ponía en guardia tratando de defender con su cuerpo a su adorada mujercita, sonrió confuso encontrándose con el disparador de una máquina fotográfica.

—Ya está; gracias—dijo el fotógrafo, recogiendo una greña de la frente. Y pisando a todo el mundo,

se alejó en busca de nuevos planos. Carlos dijo confidencialmente a su esposa:

—Debo de haber salido con una cara de idiota...

Y Lina le contestó en el mismo tono:

—A mí me picaba la nariz y estaba haciendo muecas...

Luego él añadió:

—No puedo más...

Y ante la mirada interrogativa de Lina, alzando sus ojos al cielo, como para ponerle por testigo de sus sufrimientos, y luego el índice a la tierra, señalando las puntas de sus charolados zapatos, explicó:

—¡Los zapatos!

Detrás de los novios formaban el cuadro los padres de los mismos: Rosa, María, Pablo y Pedro. También, para que nada faltase a aquel cuadro de felicidad doméstica, se vela en último término al tío Victorino. Rosa contenía con el pañuelito de ceremonias las lágrimas que le caían abundantes de los ojos. María, por no quedarse corta, lloraba también todo lo que podía. Pedro, el cónyuge de esta última, insinuó a Pablo, su consuegro y marido de Rosa:

—¡Dígame a su mujer que no lloré más!

—¿Por qué?—preguntó el otro,

que encontraba muy del caso las lágrimas.

—Porque si no la mía tampoco lo deja—dijo, indicando a su humedecida consorte.

Pablo dijo algo al oído de Rosa, que dejó de llorar y sonrió entre lágrimas, como el arco iris sonríe a los humanos después de un chubasco.

Pedro, entonces, da un codazo a María, su costilla, y a una muda interrogación de ella, Pedro le indica con la mirada la transformación de Rosa, lo cual causa en ella un efecto maravilloso, y dejando de llorar también, sonríe a sus convidados aun más expresiva que su consuegra.

Una muchacha muy mona que está entre los curiosos, grita:

—¡Que seas muy feliz, Carlos!

—¿Quién es?—preguntó Lina a su flamante esposo, entre celosa e intrigada.

—Una muchacha—contestó él.

—¡Ya veo que es una muchacha!—replicó ella, picada.

—Apenas la conozco—explicó él.

—¿Y ya te llama Carlos?...

—¿Cómo quieres que me llame, Antonio?

Estaban en esta discusión, cuando un joven gritó entre la multitud:

—¡Felicidades, Lina!—tocándole esta vez a Carlos demandar explicaciones:

—¿Quiénes?

—Un novio...

—¿Tuyo?...

—No, de una amiga mía...

—¡Ah! Pero otra vez dile que no grite tan fuerte tu nombre.

—¿Otra vez? ¿Cuándo? Sólo se casa una una vez—replicó Lina con lógica aplastante.

—¡Ya! ¿Qué lástima, de lo contrario...?

—¿Qué dices? ¿No te volverías a casar conmigo?—inquirió ella muy picada.

—Sí, pero me compraría unos zapatos más grandes.

La gente arrebata en sus vítores y exclamaciones viendo que se acercaba el momento de poner a los novios de vista. Estos, estrechando manos de amigos, se despedían de sus padres, en último lugar, ya al pie del coche adornado con flores blancas. Dados los últimos abrazos, Lina sube al coche y cuando Carlos piensa hacer otro tanto, es arrancado del estribo violentamente por la madre de la novia.

—¡Cuidala mucho!—le suplica entre dos hipos, al mismo tiempo que le besaba.

María, por no ser menos, arranca al hijo de los brazos de Rosa y con voz de «tercer acto», exclama:

—¡Carlos, hijo mío!... Cuidado

con las corrientes de aire ¡No te desabrigues!

—¡Mamá, que ya no soy un niño!—dijo él, avergonzado.

—¡Oh, para mí es como si estuvieras en pañales!...—exclamó aquella madre amantísima. Pero su padre no quería desmerecer en punto a ternura para con su hijo.

—Si te falta dinero... escribeme—dijo, arrancándole a los brazos de su esposa para oprimirle entre los suyos.

Pablo, el padre de la novia, comprendiendo que él también tenía que dar señales de su amor por su hija, le gritó por la ventanilla del coche:

—Si te pasa cualquier cosa, hija mía, telegráfiame...

—¿Qué cosa puede pasarle?—le interrogó muy picado el padre del novio.

—Nunca se sabe—contestó Rosa por su esposo.

—¿Cómo que no se sabe?—terció María.

Y Carlos, cortando la letra que empezaba a desafinar, dijo:

—Adiós, adiós a todos—y metiendo prisa al chofer—: ¡Pronto! ¡Vamos!... ¡Adiós, adiós!

El automóvil se alejó, llevándose a la pareja, que saludaba todavía con la mano a parientes y amigos, y Rosa, la madre de la novia, consideró

muy del caso echarse llorando en los brazos de su cónyuge.

María, por no ser menos, también gimoteó con aparato en el hombro de su marido y el tío Victorino, que sonriendo sin expresión había permanecido en segundo término todo el tiempo, gritó a los novios, cuando ya no podían oírle:

—¡Cuidado, no perdáis la partida de casamiento!...

Y como algunos se rieran a su alrededor, explicó:

—Lo digo porque cuando yo me casé la perdí... Entonces mi mujer, que en gloria esté, dijo: ¡«idiotas!» y yo le dije...

La gente no le hacía caso, dispersándose ya, y Victorino suspendió sus explicaciones en espera de ocasión más propicia.

Se extinguían en el templo los ecos de la marcha nupcial. Y sólo se oían hipos, sollozos y añoranzas de los padres de los contrayentes, que poco después marchaban en tren en busca de algún rincón pintoresco donde cantar su dúo de amor.

Corría el tren hacia su meta, suelta la melena de sus humos al viento, sucediéndose los paisajes en el cuadro de la ventanilla, como en el telón de un cine.

Y dentro de un departamento de primera clase, nuestra parejita, las manos del uno en las del otro, los

ojos mirándose con embeleso y sin cansancio...

—¿En qué piensas? — pregunta Lina.

—En nosotros... En nuestra casita... —dijo él, arrobado.

—Seremos felices. Carlos —aseguró ella, mirando al vacío.

—Y siempre solos... tú y yo...

Ella bajó la mirada.

—Por poco tiempo... Después... seremos tú, yo y él...

—¿El? ¿Quién es él? — preguntó Carlos, sobresaltado.

—Nuestro hijo...

—¡Ah! — dijo él, respirando a pleno pulmón. Y muy cariñoso pegó su mejilla contra la de su adorada mujercita.



Como todo se acaba en este mundo, también los viajes de novios tienen su término. Y no siempre acaban tan poéticamente como empezaron.

Aquella noche llovía con entusiasmo, cuando un taxi se paraba a la puerta de una casa de regular aspecto. Con ciertas dificultades, soslayando maletas y sombrereras, Carlos descendía del coche ayudando a Lina a bajarse también, la cual, dando una carrerita y dejando para su

marido humedades y equipaje, se refugiaba en el portal.

—Viaje de novios, ¿eh?—preguntó el chofer a Carlos mientras le ayudaba a bajar todo su equipaje.

—Sí: ¿por qué?—interrogó éste de mal humor.

—No, nada.

Pero Carlos tenía ganas de gresca, por lo visto. Continuó:

—Hace un mes que estamos oyendo decir: «Viaje de novios, eh?». «¿Recién casados, eh?»... ¿Qué significa esto eh?

—Para mí, nada.

—Pues para mí, mucho. Significa que nadie puede hacer lo que le dé la gana. Ni siquiera casarse...—y calmándose, preguntó— ¿Cuánto le debo?

El chofer, mientras consultaba el contador, iba diciendo como para su colete:

—Yo, en cambio, me pongo tan contento cuando llevo unos recién casados neófitos...

Y poniéndose a imitar el tono meloso de dos recién casados, siguió:

—¡Oh, amor mío! ¡Oh, querido! Como tú quieras, Cocolina... En cambio, después...

—¿Qué sucede?—interrogó Carlos secamente.

—Nada. Pensaba en mi mujer. Quince sesenta.

—¿El qué?

—La carrera—respondió el chofer, señalando el contador.

—¡Quédese con el resto! ¡Buenas noches!—y se dirigió escapado hacia el portal.

—Me has reprendido—le decía Lina, mimosa y ofendida.

—¿Dónde has metido esa llave?

—decía él con las maletas a cuestas.

—Quizás en la maleta grande...

—insinuó Lina, harta de revolver en su bolso de viaje. Y viéndole tan serio, le preguntó—: ¿Qué tienes?

—acariciándole al mismo tiempo,

—Nada, encanto—contestó él, sin agradecerle demasiado su ternura.

—¿Estás cansado, amor mío?—segula Lina, sin hacerse cargo de la situación.

—¡Hum!... ¡Hum!...—dijo el maldito chofer, que aun estaba allí, gozándose en las pequeñas tribulaciones del esposo. Y a la mirada furibunda de éste, puso en marcha el motor, huyendo de la quema.

Carlos había reaccionado otra vez de un modo ácido.

—De prisa. La llave de la maleta.

—Está bien... No te enfades... Ahora buscaré la llave y dentro de cinco minutos estás en la cama... Pero sonríe...

El, conciliador y heroico, improvisa una mueca que no le da gusto.

—No, así, no—dijo ella, defraudada.

—¿Y cómo debo sonreír?

—Así—dijo ella, sonriendo encantadora, entre maletas, lluvia, sueño y horas absurdas.

—¿Qué hacen ustedes aquí?—preguntó un señor que entraba en el portal con el paraguas abierto chorreando por todas sus varillas.

—Lo mismo que usted—respondió Carlos, molesto por aquel inoportuno.

—Yo entro—dijo el señor, que Martínez se llamaba, por cierto.

—También nosotros.

Dejó pasar a Lina y a Carlos, que cargaba con dos maletas de regular tamaño. Por último pasó él, cerrando el portal después, el que gracias a su llavín habían logrado trasponer los dos atolondrados tortolillos.

Martínez les ha subido la maleta hasta su piso. Y allí, sombrero en mano, se les ofrece polatamente:

—Si necesitan cualquier cosa... Sin cumplidos... Vivo en el piso de arriba. No tienen más que llamar. Entre vecinos... Les presentaré a mi mujer. Un tesoro. Apuesto a que está todavía levantada esperándome. En confianza: es celosa—les cuchicheó al oído, como si aquel dato pudiera resultar para ellos de mucho interés.

—¡No!—dijo Carlos, encontrándolo absurdo.

—Sí, celosa — corroboró Martínez—. Algunas veces discutimos... Pero después hacemos las paces... es tan bonito... A ustedes también les sucederá...

—Esperamos que no—dijo Lina.

—¿Y por qué?—replicó Martínez, que se había encariñado con la idea de que aquel matrimonio también tenía que reñir y también tenía que hacer las paces—. Prueben, después hablaremos. Bueno, buenas noches; me voy—y estrechando la mano de los dos—. Permítanme que me presente: Martínez. Buenas noches.

Carlos y Lina suspiraron satisfechos al verle marchar.

—¡Uf!—exclamó Carlos. Y mientras Lina abría la puerta del piso, le recomendó:

—¡Ah! Te lo advierto... Nada de confianzas con los vecinos.

—Pero alguna vez quizá sea necesario...—insinuó Lina.

—¿El qué? Que quede bien claro: me he casado para estar tranquilo y por esto no quiero conocer a nadie... a nadie...

Lina había pasado delante y exclamó desde dentro:

—¡Oh, Carlos! ¡La luz!

—¿Qué pasa?—preguntó alarmado, previendo otra complicación.

—No hay—respondió Lina trágicamente, envuelta en sombras.

—Prueba a ver allí—le sugirió él, no queriendo creer en tanta desgracia.

Ella, muy aturdida, salió ágilmente hacia otra habitación.

—¡Ay, ay, ay!—se la oyó gemir.

—¿Qué te pasa?—preguntó él, avanzando en dirección a sus gemidos.

—Me he dado un golpe con una silla.

—¿Por qué?

—¿Cómo, por qué?

—Digo que ¿por qué vas tan de prisa? Con esta obscuridad es una locura. A ver, ¿no hay luz? Espera, voy yo allá.

Se oyó un soberano porrazo y un grito de dolor.

—¡Ay!

Lina se le acercó cojeando.

—¿Qué te ha pasado?

—¡La puerta! —gruñó Carlos, friccionando una rodilla.

—Como ves, yo no te pregunté por qué has cometido la locura de ir tan de prisa...

Carlos, cojeando a su vez:

—Por eso me he casado contigo.

¡Ay!

—¿Hay luz?—preguntó Lina.

—No encuentro el interruptor...

—Está ahí, a la derecha... Encendiendo una cerilla.

Carlos enciende un fósforo y Lina pregunta:

—¿Hay?

—Hay una carta —dijo Carlos desde la habitación contigua.

—¿Una carta? —preguntó Lina intrigada, acercándose a él.

—«Queridos hijos míos» —leía Carlos— No hay luz...

—Ya lo sabemos; sigue—dijo Lina impaciente.

—...porque... ¡Ay!—gritó Carlos al quemarse con el cabo de la cerilla, que se apagó. Quedaron en tinieblas nuevamente.

—Enciende otra—dijo Lina, acuciándole.

—Es lo que estoy haciendo. Toma, ten la carta un momento...

—«...porque hasta mañana no le darán. Papá se olvidó de pagar la fianza. Yo me he enfadado, pero ya sabes cómo es papá. Espero que nada os faltará en vuestra casita. Hemos pensado en todo. También en las flores. Bonitas, ¿verdad? Aquí cerca os dejo una vela... Besos.— Mamá»

—¿Y ahora?—preguntó Carlos.

—Encendamos la vela.

Carlos encontró la misma y la encendió, protestando:

—Ya te lo había dicho yo...

En esto se oyó la voz de Martínez, que gritaba:

—¡Eh! ¿No hay nadie?

—¿Quién será?—preguntó Lina. Pero Carlos había reconocido la voz. Aquello era demasiado.

—Aquel majadero — replicó indignado — Ahora le tiro por las escaleras — Y se dirigió a la voz, seguido por Lina, que llevaba la vela.

La puerta había quedado abierta, y Martínez, de gabán y paraguas, miraba con curiosidad las maletas, que aun se encontraban en el descansillo.

—He visto que estaban aquí todavía las maletas... y entonces he pensado... —y al ver a Lina haciendo de palmatoria, preguntó—: ¿Qué les pasa? ¿Un cortacircuito? ¿Están ustedes a oscuras? No hagan ustedes cumplidos, aquí estoy yo...

—Gracias; no se puede hacer nada; falta la corriente—replicó Carlos bruscamente.

—Telefonaremos a la fábrica reclamando—dijo el bueno y entrometido caballero—. Tengo allí un amigo—presumió—. Claro que a esta hora quizá no esté...

—Es inútil, no hemos pagado la fianza...

Preocupado, como si le fueran a pedir dinero, Martínez exclamó rápidamente:

—¡Ah!

—¿Qué significa ese «ah»?—preguntó Carlos, resentido.

Lina no sabía cómo cortar la dis-

cusión y miraba a los dos suplicantes. Pero ambos estaban fuera de sí y no le prestaban atención.

—Yo he dicho solamente «ah»... —aclaró Martínez.

—También yo he dicho solamente «ah»—volvió a decir Carlos.

—¿Y usted quiere comparar su «ah» con mi «ah»?

—Sí...

—¿Mi mujer con su dinero para la fianza?...

—Sí...

—¡Esto es el colmo! ¡Yo no lo aguanto!...

—¡Que lo aguante o no me es igual!...

—¡Le daré a usted una lección!

—¡Y yo le daré a usted dos!

Gritaban como dos energúmenos y la pobre Lina era impotente para poner la paz. Y cuando casi iban a venir a las manos se oyó un vozarrón masculino que desde fuera gritaba:

—¿Qué sucede? ¿Qué pasa?

Los dos salieron al descansillo donde se oía la voz y pudieron ver que en la puerta de al lado un hombre alto y fuerte, en mangas de camisa y con pantalón de montar, quería averiguar qué motivaba sus voces. Junto a él se protegía una mujercita tímida y pequeña, asustadísima, que quería impedir que se mezclase en la ya bastante agria

discusión. Arturo, que tal era el nombre del individuo, preguntó:

—¿Por qué gritan? Calma... Calma... Ahora lo arreglaré todo. Díganme, ¿de qué se trata?

—Oígame, es inútil que se moleste. No ha pasado nada. Este señor —dijo, señalando a Martínez— exagera. Entremos cada uno en nuestra casa, y buenas noches...

Pero Arturo, viendo a Lina con la vela en la mano, quiso saber el porqué.

—Un momento. ¿Qué significa esa vela?

—Que estamos sin luz —dijo Carlos furibundo— Y por eso nos arreglamos con la vela. Buenas noches. —Y aunque se iba a meter en su piso con su mujer, sin más explicaciones, se volvió, diciendo categórico: Y no tenemos luz porque se nos olvidó pagar la fianza.

—¡Ah, ah!... —rezongó también Arturo.

Martínez exclamó, triunfante:

—¡Ah! ¿Lo ve? También él dice «ah», «ah» —y volviéndose a Arturo, le demandó: Ahora, ¿qué diría usted si porque ha hecho «ah, ah», él —dijo, señalando a Carlos— se permitiese insinuaciones sobre su señora?

En este momento apareció Julita con la americana y Arturo, no comprendiendo bien, quería averiguar:

—¿Sobre mi mujer?

—Sí —decía Martínez.

—¿Insinuaciones sobre mi mujer? ¿Y cómo se permite éste... éste... —y sin encontrar el calificativo adecuado, avanzaba amenazador contra Carlos.

Julita se agarraba a él con desesperación.

—¡Arturo, no te comprometas! ¡Sujételo, que lo conozco!

Lina sujetaba a su vez a Carlos:

—¡Basta! Acabemos de una vez. ¡Todo por una tontería!... —decía desesperada, mientras Martínez, puesto entre los dos contendientes, cerraba los ojos aguardando un golpe. Pero se abrió en esto la otra puerta que daba al descansillo y Clotilde, una rubia atractiva como de treinta años, en bata bastante atrevida y fumando un cigarrillo en larga boquilla, apareció, deseosa de enterarse. Conoció a Carlos.

—¡Hola, Carlos! —saludó.

—¡Hola, Clotilde! —dijo Carlos, sorprendido, reconociéndola. Y en previsión de posibles complicaciones dijo rápido: Te presento a mi mujer...

Esta vez fué Clotilde la sorprendida.

—¿Tu mujer? —dijo como el que no ha comprendido bien.

—Sí, su mujer —corroboró Lina, completamente escamada.

Para Clotilde reaccionó amablemente, sonriendo.

—Tanto gusto...

—El gusto es mío...—dijo Lina en un tono y con una cara que traicionaban aquel «gusto».

Y viendo que Carlos miraba aún a Clotilde, decidió terminar aquello brevemente. Se dirigió a Arturo y a Martínez, que también miraban a la rubia.

—En cuanto a usted—dijo al primero—, nadie ni por sofación ha pensado hablar de su señora... Por lo tanto, vuélvase a su casa. Y usted déjenos en paz—terminó, dirigiéndose a Martínez. Luego la emprendió con su marido:

—Y tú... ¡vamos de prisa! ¿No habías dicho que tenías sueño?—y tomándolo por un brazo, lo empujó hacia su casa, saludando a Clotilde bruscamente:

—¡Buenas noches!—y pegó un portazo sin más entretenimiento.

—¡Un momento!—...dijo Arturo, queriendo llamar. Pero Julita se lo estorbó.

—Déjalo ya, Arturo...

—¡Cállate!—replicó él, obstinado en su propósito. Y viendo que Clotilde continuaba en el quicio de su puerta fumando en su boquilla, dijo con intención— Métete dentro, éste no es sitio para ti...

Y sin miramientos, empujó a su

costilla hacia su casa, siempre mirando a Clotilde.

Esta hizo una mueca de desprecio.

—¡Ah! En la escalera y en compañía de esta pájara...

Lo de pájara ha tenido tiempo de escucharlo Clotilde y abriendo rápida la puerta le asestó una bofetada a la señora de Martínez, que se queja:

—¡Ay!—y para consolarse repite el ejercicio en la mejilla de su cónyuge.

—¡Toma!

Y el pobre Martínez se queja, avergonzado y ofendido, pero sin atreverse a tomar represalias.

★★

En la obscuridad de su saloncito, Carlos golpeaba la puerta de su alcoba, cerrada con llave por Lina.

—Lina, Lina, abre... Oye...—decía conciliador y carifoso.

—No quiero oír nada de ti—le respondió ella desde dentro.

—Abre. ¿Qué estás haciendo?

—La maleta.

—¿Qué?—preguntó él, muy sorprendido.

—La maleta... la maleta...

Transcurrió un momento de silencio y por fin la puerta se abrió.

—¡Por fin!—exclamó él, triun-

fante. Pero se quedó helado al sentirse empujado por Lina, que avanzaba con el sombrero puesto, la vela en una mano y la maleta en la otra en dirección al vestíbulo.

—¿Adónde vas?

—Lejos—contestó ella, lacónica.

—Lina, por el amor del cielo, no hagas una tragedia de una tontería...

—«Hola, Clotilde» no es una tontería...

Carlos, decidido, obligó a Lina a pararse y escucharle.

—Ya te he dicho que se trata de una antigua amistad de mis tiempos de soltero.

—Esta clase de amistades están siempre bien...

—¡Pobre Clotilde! Oyeme, todo esto es ridículo. Se trata de una estúpida coincidencia... Se encuentra una tanta gente conocida por la calle... ¿y qué tiene de extraño que te la encuentres en una casa?

—Tú sabías que ella vivía aquí—gimoteó Lina.

—Pero si me he casado contigo...—dijo él como argumento irrefutable.

—Eso no quiere decir nada.

—¿Cómo que no quiere decir nada?

—Si te has casado ha sido por mi padre...

—¿Tu padre?

—Sí. Cuando dijo que si no ibas en serio te rompería la cabeza, hasta entonces no te decidiste.

El se puso terriblemente serio.

—¡Basta! Toma.

—¿El qué?

—La vela—dijo, autoritario, haciéndole entrega de la misma. Y Lina, muy sorprendida a su vez, le vio girar sobre los talones ajustándose la americana y con aire dignísimo dirigirse hacia el dormitorio.

—Carlos, no seas tonto—y dando trastazos por todas partes con la maleta, que le pesaba demasiado, lo sigue, dejando la vela sobre un mueble y echándole los brazos al cuello.

—¿Qué tienes? ¡Habla!... Perdóname—dijo al fin.

—No.

—Dime que me quieres solamente a mí y para siempre...

Carlos, claudicando, aunque fingiéndose muy ofendido todavía:

—Pero esto ya lo he dicho delante del altar. ¿Ya no te acuerdas? ¡Bonita memoria!...

—No — respondió ella sinceramente—. Estaba tan emocionada... Había tanta gente... Todos me miraban... No comprendía nada... y además, en la iglesia ciertas cosas no se piensan. En cambio, ahora que estamos solos... ¿Me quieres?

Carlos dijo que sí con la cabeza.

—¿Lo juras?

—Lo juro.

—No, no lo jures—dijo ella, encontrando mal lo del juramento.

—No, no lo juro — repuso él, complaciente.

—Los juramentos no sirven para nada.

—Tienes razón.

—Tampoco las palabras.

—Exacto.

Pero Lina tuvo entonces la desconcertante idea de enfadarse.

—Entonces, ¿qué es lo que vale?

—¡Qué sé yo!... No; espera, tengo una idea.

—¿Cuál?

—Esta—dijo, abrazando a su mujer, como el único medio convincente.

¿ABANDONADA?

LA vela se ha consumido y apagado en su palmaria. El día le ha relevado con mucha ventaja, enviando su luz a través de los cristales que, sin embargo, no consiguen despertar a la perezosa Lina. Esta, aunque sin darse cuenta, se ha quedado por dueña y señora del lecho matrimonial. El sitio de Carlos está vacío y revuelto.

—Carlos...—murmura, todavía a medio despertar. Y al darse cuenta de que nadie le responde: —¡Carlos!—grita en voz más alta.

Ha dado la vuelta a la casa y advierte que está sola. No recapacita, no sabe lo que le pasa. Como un chiquillo asustado corre al teléfono instalado en el pasillo y marca un número.

—¡Oiga!... Mamá... Sí, soy yo...

Rosa, la madre de Lina, que no ha advertido aún la voz angustiada de su hija, tiene una alegría grande al escuchar su voz.

—¡Oh, qué alegría!... ¿Qué tal os ha ido?... ¿Sí?

Pero la expresión alegre de su rostro va dejando lugar a otra más preocupada.

—¡Cómo! ¿Que no está? ¡Oh, Dios mío!

Y como el tío Victorino ensayase en un ángulo del saloncito un solo de trombón, le dijo con un aire que por poco le tira el atril y el instrumento:

—¡Cálate!

Lina exponía todos los antecedentes del suceso por el micrófono.

—No... Sí. Estaba de buen hu-

mor. Cuando nos acostamos anoche reía...

—¿Reía? ¡Oh, Dios mío! Entonces se ha vuelto loco—replicó la buena señora, espantada. Y con un aire tan de tercer acto de Echegaray lo dijo, que el tío Victorino perdió hasta las ganas de seguir tocando su trombón.

Lina se estaba armando un lío.

—Pero ¿qué dices? ¡No me preocupes aun más!

Llamaron a la puerta de la calle y tuvo que decir a su madre:

—Han llamado... Perdona... Sí... Quizás... Espera...

Y corriendo hacia la puerta abrió, encontrando una mujer que se cubría la cabeza con un sombrerete y que le preguntaba:

—¿Es usted la señora de Gutiérrez?

—Sí. ¿Qué quiere?

—Yo, nada. Su marido me ha dicho: «Le doy veinte duros al mes, vestida y mantenida, y venga el día 15. Hoy es día 15, y aquí estoy».

—¡Ah, la criada!... Pase, pase —y la hizo pasar.

Mientras tanto, en casa de sus padres toda la familia se agrupaba junto al teléfono y su padre, impaciente, cogiendo el auricular, le llamaba muy alto, como si Lina pudiera oírle.

Y don Pablo, sin pararse a reflexionar, dijo al aparato:

—¿Qué te ha hecho?—pero luego replicó malhumorado a su costilla:

—¿Qué me haces decir?—y otra vez, hablando con su hija, le sugirió:

—¿Has llamado a la oficina?

Era lo más natural y precisamente en lo que Lina no había pensado en aquella aciaga mañana. Reflexionado, vio el cielo abierto.

—¡Ah, ya! ¿Qué tonta... en la oficina... Sí... sí... Voy a telefonarle allí en seguida... ¡Adiós, adiós, papá! Sí, te volveré a telefonar en seguida... Hasta luego...

Y colgó rápidamente el teléfono, mientras la criada, a prudente distancia, espera órdenes de su señora.

* * *

Carlos, sentado a su mesa de trabajo, platica en la oficina con un señor de cara de pocos amigos, de eso que no sonríen ni una vez al mes siquiera. Hablan de negocios, naturalmente, porque con un hombre tan serio como aquel no se puede hablar de ninguna otra cosa.

—Por eso, en cuanto a los rodamientos, a bolas, por el momento...

—decía el señor. Y en esto sonó el teléfono de mesa:

—Perdone—dijo Carlos, tomando el auricular...

El señor puso una cara contrariadísima.

—¡Ah! ¿Eres tú?—dijo Carlos, suavizando la voz. Y explicó a su interlocutor.

—Es mi esposa.

El hombre serio acogió aquella explicación con una mueca que quiso figurar una sonrisa y aguardó.

Lina al teléfono se extendía copiosa en sus explicaciones:

—¡Qué susto me has dado!... No te encontraba... Podías, por lo menos, haber dejado una nota...

A la prudente distancia, en que se había colocado, la criada ponía una cara profundamente estúpida.

Y Carlos, al teléfono, se excusaba:

—Pero, querida... No puedo dejarte una nota cada vez que venga a la oficina...

Y explicó, deferente, al señor de los negocios:

—Nos casamos hace quince días.

El señor hace un ademán, como dándole por excusado, pero se levanta, queriendo rematar su asunto:

—Entonces, para los rodamientos a bolas...

Carlos le hace señas para que se siente:

—¿Has oído? ¿No?... Perdóname—volvió a suplicar al pobre hom-

bre—. Se le ha metido en la cabeza que estoy hablando con una mujer. Por favor, quiere decirle algo por teléfono—y le alargaba el aparato.

El señor no sabía qué hacer y murmuraba confuso:

—Pero yo no sé...

—Dígame cualquier cosa. Tenga, tenga...—y le puso el auricular en el oído, cuando del otro lado del hilo, Lina, que se figuraba estar todavía de conversación con Carlos, decía a tontas y a locas:

—No me querrás hacer creer que estás hablando con alguno de los pelmazos que van a tu oficina... Aquel de los rodamientos a bolas, por ejemplo...

—El mismo—dijo el señor, con ira, soltando el aparato en las manos de Carlos.

Y recogiendo rápido sus papeles, se apresuró a meterlos en su cartera.

En casa de Lina la criada sigue las peripecias telefónicas intrigada, aunque sin comprender una palabra. Y Carlos, estupefacto, sin explicarse la cólera de su visitante, pregunta:

—¿Qué ha pasado?

—¡Adiós!—dice el otro, sin dar explicaciones. Y salió de allí dando un portazo. Y Carlos, consternado, pregunta a su mujer:

—Pero ¿qué te has dicho? ¿A

quién? Era el representante de los rodamientos a bolas. Sí, se puso al teléfono. Como tú no querías creer que estaba con un hombre...

Lina se apuró mucho:

—¿Eh? ¡Oh, no! Nada... No le he dicho nada... A la hora de comer hablaremos... Ahora trabaja, trabaja... no te quiero hacer perder más tiempo... Dame un beso... Sí, sí, un beso...

Y la criada, pegadita a su rincón, bajó púdicamente los ojos.

Carlos no acertaba a dar un beso por teléfono. Pero al fin acercó los labios al auricular.

—¿Un beso? Toma...

En la puerta de la habitación está el jefe. Es un tipo más bien gordo, pesado. Se para sorprendidísimo ante aquella escena. Pero Carlos no se ha enterado de su aparición, y sigue su idilio:

—¿Que es poco uno? ¿Más?... ¿Así?...—y continuó dando besos al teléfono.

Pero al jefe se le agota el aguan-te. Se ajusta los lentes en la nariz y se acerca a la mesa. Los besos de Carlos se hielan en el auricular. Suelta rápidamente el aparato, balbuceando:

—Hasta luego... Hasta luego...

Después mira sonriendo temerosamente al buen señor, y trata de justificarse:

—Estaba hablando con la casa Fabrí...

—La casa Fabrí, que yo sepa, fabrica clavos... —dice severísimamente el otro.

—Justamente, le estaba haciendo un pedido de dos quintales de, de...

—De besos...—dijo el jefe.

—Eso, de besos—repuso Carlos, aturdido.

Pero cayendo en la cuenta rectificó:

—Digo, no... De clavos... De clavos...

—Lo he visto todo... Y sus asuntos amorosos haga el favor de resolverlos fuera de la oficina...

—Sí, señor—comprende Carlos, resignado.

—Buenos días—terminó el jefe. Y salió por fin.

Carlos, dejándose caer en su sillón, se pasó una mano por la frente para recapacitar sobre todas sus responsabilidades. Sonó el timbre del teléfono nuevamente, y como un autómatas cogió el auricular y habló maquinalmente:

—Sí ¡Ah! La Casa Fabrí. Quería hacerles un pedido de dos quintales de besos... ¿Cómo?... Sí, besos, besos... Digo, no, clavos, he dicho clavos... ¿Está usted sordo? Sí... sí... sí...

LINA SE ESTRENA COMO AMA DE CASA

CARLOS subía las escaleras de su casa a la hora de comer. La puerta contigua a la de su casa se abrió en aquel momento, para dar paso a Arturo, que salía despedido por su mujer.

—Si tardo esta noche, no me esperes, acuéstate—le dijo.

Y comenzó a bajar las escaleras, y al cruzarse con Carlos, saludó bruscamente:

—¡Buenos días!

—¡Buenos días!—contestó Carlos en el mismo tono.

Cuando Carlos llegaba al descansillo, Julita, sonriendo con timidez, saludó amablemente:

—Buenos días...

Carlos, amablemente también, correspondió:

—Buenos días...

Pero Arturo, que se había detenido, grita a su mujer:

—¡Retírate, Julita, y cierra la puerta!

Julita desapareció como por magia, cerrando la puerta inmediatamente. Carlos, sorprendido, mira hacia su vecino, que, muy satisfecho de haber sido obedecido tan ciegamente, continúa su descenso. Carlos se encoge de hombros y llamando a la puerta de su casa, espera pacientemente. Dentro se oyó un rumor intrigante. Carlos, por dar una broma a su mujer, se oculta para que no le vea al abrir. Pero la puerta se abre, y lo que sale por ella es la criada que conocemos, que muy atrada, mientras se encaja su sombrerito, va diciendo:

—Hace cuarenta años que estoy sirviendo y nadie se ha permitido llamarme estúpida...

Carlos escuchaba la perorata, estupefacto.

—Yo sé servir—continuaba la ofendida sirvienta—. Aprenda usted a mandar y después... veremos, señora...

—¡Teresa!—gritó Lina desde el interior.

—Teresa, ¡narices! Teresa se va. ¡Adiós!

Y cuando se disponía a marcharse, se dio de cara con Carlos, llevándose un susto regular.

—¿Qué pasa?—preguntaba Carlos.

—¡Juy! ¡Qué miedo! ¡Qué manera de asustar a la gente!...

—Calle, es una broma—explicaba Carlos.

—¡Y lo llama broma!... Esto es una casa de locos... Yo no estoy aquí ni un minuto más...

Y se alejó, dejando plantado a Carlos. Este se entró por su «nido», resignadamente. Por el pasillo venía Lina muy sofocada, en bata todavía y sin peinar, llevando una sarfén de la cual salía un humo denso, asfixiante, como el penacho de un volcán.

—¡Ah, tú!—dijo sorprendida.

Y llamando a la muchacha:

—¡Teresa!—gritó desesperadamente.

—Se ha marchado—le explicó su marido.

—¿Por qué?

—Qué sé yo...

—Quizás se ofendió porque le he dicho que era una estúpida—dijo sin explicarse tanta susceptibilidad en una pobre doméstica.

—Quizás—sintió Carlos.

—No empecemos—dijo ella picada—. Vamos a ver, ¿tienes apetito?

—Mucho...

—Mejor. ¿Has dicho mucho?

—preguntó muy preocupada.

—Sí, mucho, muchísimo.

—Está bien, no te enfades. Lo decía para saber a qué atenerme. Vamos a la mesa, a la mesa—dijo, fingiendo una alegría que estaba muy lejos de sentir.

Llegó la bendita hora. Se sentaron frente a frente y Carlos se quedó contemplando un trozo de carne que ella le había servido, del color del betún y por las trazas tierno como un pedernal. Lina le miraba de reojo y para esconder su preocupación charlaba con volubilidad.

—¿Qué pasa? ¿No corta el cuchillo? Es natural, le falta el filo... Será necesario llevarlo al afilador... Recuérdamelo...

—No, no es el cuchillo... Me parece que es la carne...

—¿Crees?—dijo ella ingenuamente, fingiendo incredulidad.

Pero la paciencia de Carlos empieza a quedar agotada.

—¿Cómo que si creo? Puedo cortar la mesa y la carne no...

—Exageraciones—dijo sin querer dar su brazo a torcer— Que está un poco quemada, de acuerdo... pero perfectamente comestible...

—Perfectamente comestible, ¿eh?—dice Carlos con sorna.

Y decididamente, coge cuanto queda sobre la mesa de aquel terrible alimento y abriendo la ventana lo lanza con fuerza.

Lina se llevó las manos a la cabeza.

—¿Que haces? No hay ninguna otra cosa que comer...

—¡Mejor!—dice el fieramente. Y cierra la ventana.

PRIMEROS CHUBASCOS

LINA, sentada en el borde de su cama matrimonial, llora y gimotea desconsoladamente. Con ella está su madre, que pasea nerviosamente, diciendo muy cargada de razón:

—¡Bonito espectáculo para una madre! Hace menos de un mes que te has casado y ya estamos con los llantos, con las trifulcas...

—Yo tengo la culpa, por eso lloro—dijo Lina humildemente.

—«Yo tengo la culpa»—remedó Rosa en el mismo tono—. Vamos a ver, ¿cuál es esa culpa, esa gran culpa?

—Ha venido... se ha sentado a la mesa... y se ha marchado sin poder comer nada...

Y al llegar a este punto de sus

amargos recuerdos, los sollozos le estrangulan la voz. A duras penas puede continuar:

—Ni siquiera un pedazo de pan... porque olvidé comprarlo...

—¿Que no habías preparado la comida o que la habías preparado mal? ¡Bueno! Se baja un momento a la calle, al restaurante más próximo, se encarga una comida, se manda que la suban y esto sin tanta historia, sonriendo... porque te debe sonreír, tienes derecho... porque tú eres la mujer y basta. Asunto concluido. Pero aquí yo he comprendido...

Y se puso a meditar sobre lo que creía estar comprendiendo. Su hija continuaba pendiente de sus labios.

—... que hace falta poner las

cosas en su punto... ¿Dónde está el teléfono?

—¿Qué quieres hacer?—preguntó entonces Lina, intranquila.

—Decirle en seguida cuatro cosas por el momento... Después, ya veremos... ¿Dónde está el teléfono?

Y al no encontrarlo por la habitación, se echó a buscarlo por toda la casa, seguida por su hija, la cual quería estorbar su decidido propósito.

—Pero déjalo, mamá... No compliques las cosas...

Rosa no retrocedía jamás una vez que había tomado una resolución. Y aquella la había tomado... a la bayoneta, como si dijéramos.

—¿No complicar las cosas? He metido en cintura a tu padre, con lo que me ha costado, figúrate si me preocupa a mí el jovencito ése. Vamos...

Y salió, seguida por su hija, tras el rastro del aparato telefónico.

* * *

Carlos, en una clarita de trabajo en su oficina, con los pies sobre la mesa, engullía filosóficamente un regular bocadillo de queso cuando sonó el timbre del teléfono. Cogió el auricular.

—Dí...

Pero la palabra se le trabó en la

glotis con el alimento, y pasó un apurillo para solucionarlo.

—Diga—pudo balbucir al fin.

Y quiso reconocer la voz.

—¡Ah! ¿Eres tú, amor mío?

—No soy tu amor. Soy la madre de tu amor—dijo Rosa, con una voz parecida a la del lobo de «La Caperucita Roja».

Lina quería a toda costa evitar aquella conversación, pero su madre no atendía a sus desesperados ademanes ni a sus recomendaciones en voz baja. Carlos procuró dulcificar la voz, para que no resultara tan amarga como su gesto, que se le había puesto de funeraria.

—¡Ah! ¿Es usted? ¿Cómo está?

—dijo procurando fingir que se interesaba por su buena salud—. ¿Mi mujer está ahí? ¿Está bien?

—Está perfectamente... Hace media hora que está llorando y está hecha unos zorros. ¿Estará usted contento?

Carlos estaba hecho un lío. Preguntó inquieto:

—Pero, ¿por qué? ¿Qué ha pasado? ¿Está mala?

—¿Y cómo quiere usted que esté una mujer que se ve tratada de esa manera?

—Pero, ¿qué dice?—suplicaba el inocente marido, muy ajeno a merecer semejante chaparrón.

En vano Lina trataba de arrancar

a su madre el aparato; la buena señora se había encariñado con la idea de armarle bronca a su yerno y no cesaba.

—Digo que no hay derecho a maltratar a una pobre muchacha sólo porque la carne estaba quemada... hacerle una escena... tirarlo todo por la ventana. Si empezamos así, ¿a dónde iremos a parar? Usted no ha encontrado a mi hija tirada en mitad de la calle, y si ella no sabe hacerse respetar... estoy aquí yo y después está su padre... y recuerde que está su tío, el coronel de Carabineros, que tampoco es manco...

Lina se debatía con su madre, desesperada.

—Mamá, ¡por el amor del cielo! ¡Son exageraciones tuyas! ¡El no me ha dicho nada! La culpa ha sido mía...

—Tú estate callada... Ahora habla yo...

—Pero déjeme hablar a mí—gritaba también Carlos, desesperado.

—¿Y tendrá usted todavía el valor de hablar?—le decía Rosa, que generalmente no reconocía este derecho a ningún mortal.

—Tú debes hacer sólo una cosa: avergonzarte—fulminó—. Si fueses un hombre, esto es lo que debías hacer: avergonzarte.

Y colgó furibunda el aparato. Lina quiso llamar a su marido inmediatamente, diciendo:

—No debes tratarle así, mamá...

Pero su madre le arrancó el teléfono de la mano, diciendo autoritaria:

—Esto no es nada. Ya verás después. Y tú, entretanto, espera... Algún día me lo agradecerás... Y ahora vamos a ver. Primera cosa: tú no mueves ni un solo dedo sin mi permiso...

Carlos, con el teléfono en la mano llamaba desesperadamente.

—¡Oiga! ¡Oiga!...

Pero convencido de la impotencia de sus esfuerzos, tiró un mordisco con rabia al pan, arrojándolo después lejos de sí con violencia. Se abría en aquel fatídico momento la puerta de su despacho, para dar paso al representante de los rodamientos a bolas, a quien dio de lleno el menderugo. Aquello lo sacó de sus casillas.

—¡Ah, basta, esto es una vergüenza! Voy a decirlo inmediatamente al director...

Y salió hecho un basilisco, mientras Carlos, sin fuerzas, se arrugaba en su sillón.

GUERRA DE TRINCHERAS

ROSA media bien el campo de operaciones y decía a su hija:

—Me parece que la habitación de los huéspedes está preparada.

—Sí, pero ¿qué quieres hacer?

—No me muevo de aquí hasta que no esté segura de que tu marido funciona como es debido—replicó decidida.

—No es necesario. Carlos me quiere. Estoy segura—decía Lina, convencida y temerosa de los propósitos de su madre.

—Esto es lo malo, hija mía, que con la excusa de que te quieren, te obligan a ser su sirvienta, su esclava... Pero esto no sucederá... Te lo garantizo... Bien, vayamos

por orden... ¡Ah, la criada! Vamos a telefonear a la agencia.

Se dirigía al teléfono, cuando, dándose una palmada en la frente, exclama:

—¡Qué tonta!

—¿Quién?—preguntó Lina.

—Yo. Si está Carmela. Hagamos venir a Carmela...

—Y tú, ¿qué harás sin criada?

—Pero si yo estaré aquí—replicó Rosa.

—Sí, pero está papá, está el tío Victorino. ¿Cómo se las van a componer sin criada?

—Es verdad.

Y tirando una recta hacia el teléfono, se dirige otra vez hacia el aparato. Pero tiene de pronto una idea fulminante.

—Un momento. Sin mí, ni con diez criadas podrían ellos vivir... Por eso...—dice a su hija, que se acoge a esta esperanza y le contesta:

—Por eso... ¿ves?... es imposible que tú te quedes aquí...

—Cállate. Que vengan también ellos...

—¿Cómo?—pregunta Lina sin voz.

—Donde duermo yo, puede dormir tu padre. En cuanto al tío, está la habitación de la criada...

—Sí, pero...

—Muy bien. Lo metemos allí. Total se trata de pocos días...

—¿Pocos días?

—Naturalmente. No podemos estar con vosotros una eternidad. Por lo demás, o tu marido entra en razón o de lo contrario...

—¿De lo contrario, qué?—gemía Lina.

—Se toma una decisión radical—dijo tajante Rosa.

Lina acercó el pañuelo a su madre, que se secó una lágrima y se sonó después. Su hija le arreglaba los cabellos, la acariciaba, le ponía en su sitio el pechero, todo con mucha ternura, cuando sonó el timbre de la puerta.

—¿Quién será?—dijo Lina.

—¿Esperas a alguien?

—No...

Pero recordó después.

—Quizás... la madre de Carlos. Me dijo que quería venir a vernos...

—Viene en el momento oportuno. Anda, ve a abrir—dijo Rosa excitada.

—Por favor, mamá. No le digas nada—suplicó Lina.

—¿Y crees que yo soy capaz de quedarme dentro del cuerpo una cosa así? Ahora me va a oír... Vete a abrir—dijo empujando a su hija, que se paraba indecisa, suplicando:

—Mamá...

Mamá estudiaba la postura más favorable para el próximo combate. Y como el timbre sonara otra vez, Lina, a su pesar, tuvo que salir a abrir la puerta.

Era, efectivamente, María, la madre de Carlos, que venía muy compuesta. Abrazó a su nuera.

—¡Lina! Hija mía, ¿cómo estás?

Rosa expresaba en su gesto el desprecio que la merecían aquellas muestras de fingido afecto. Y cuando María, reparando en ella, se dirigió a saludarla, ella demostró un aire glacial al contestarle.

—¡Oh, qué sorpresa! ¿Usted también aquí?—decía María.

—Yo también aquí—dijo secamente.

—¿Cómo está usted?

—Perfectamente—silabeó.

María estaba sorprendida de aquel

comportamiento. Lina quiso explicar:

—No, es que mamá...

Pero Rosa la interrumpió vivamente:

—Sigue, Mamá...

—... está un poco disgustada porque...—decía Lina, atragantándose.

—¿Por qué?—repitió Rosa.

—Pero, ¿qué ha pasado?—quiso María que le explicasen.

Lina quería mostrarse alegre y ligera.

—Nada grave—decía sonriendo.

—Es que Carlos... Pero es una tontería... No vale la pena hablar de ello. Yo conozco a mamá... Se enfada, pero se le pasa en seguida...

—¡Oh, oh! Se lo diré en seguida: falta que la trate como mujer nada más—contestó Rosa, echando lumbre por los ojos.

Entonces María se volvió a Lina, preguntándole:

—¿Que no te trata como mujer?

—No—respondió Rosa rápidamente por su hija.

María prescindía de Rosa y se dirigía siempre a Lina.

—¿Y cómo te ha tratado?

—Como a una sirvienta—continuó la implacable consuegra, levantándose.

Lina se levantó también para aplacarla.

—Mamá, por favor, cálmate...

Y dirigiéndose a su suegra, quiso explicarle:

—No ha sido más que esto. Hoy cuando ha venido mamá, me ha encontrado llorando...

—Bien—dijo María, esperando la continuación.

Pero Rosa recogió aquel cabo suelto.

—¿Cómo bien? ¿Mi hija llora y usted lo encuentra bien?...

—¿Qué quiero que le diga si no sé por qué lloraba?—contestó María impaciente.

—Lloraba porque vuestro hijo ha cogido toda la comida que ella había preparado, haciendo milagros...

—Pero no, mamá...

—Sí, milagros... milagros... y la ha tirado toda por la ventana... y ha dicho que también la tiraría a ella...

—No, eso no lo he dicho—protestó Lina con calor.

Pero Rosa, imperturbable, corrigió:

—Lo habrá pensado. Es lo mismo.

María, muy friamente, dijo entonces:

—Pues si las cosas han pasado así, no comprendo por qué se enfada usted tanto... Sobre todo usted—dijo a Rosa.

—¿Y por qué sobre todo yo?—preguntó ésta intrigada.

—Claro. En todo caso, la que debía protestar soy yo, y lo hago...

Las tres mujeres estaban ahora en pie, formando apretada pila.

—Y yo protesto—continuó María sin dejar meter baza—. Si mi hijo ha tirado la comida por la ventana, lo habrá hecho con razón. Como a su hija corresponde tener cuidado de la comida (porque no pretenderán que sea mi hijo el que se meta en la cocina)... ¡Ah! ¡Ah! No faltaría más... Por eso, la que no ha sabido educar a sus hijos es usted, querida.

Y con los impertinentes daba golpecitos en el pecho de Rosa. Y volviéndose a Lina, dándole también golpecitos con los impertinentes, continuó:

—Y la mal educada, tú...

Y poniéndose muy emotiva:

—Y la víctima, mi pobre Carlos. Me appena pensar que estará en ayunas... Hace falta que yo le lleve algo de comer.

Rosa brincaba de ira.

—¡Ah! Esto es demasiado... Yo he visto gente hipócrita, pero como usted...

—Cuidado, mucho cuidado con las palabras—decía María aparentando calma.

Rosa movió las manos de un modo muy significativo, replicando:

—Tiene razón; lo que hace falta son hechos...

—Faltaba también esto—contestó María poniéndose en guardia.

Lina se agarró a su madre.

—¡Mamá!

Pero «mamá», haciendo esfuerzos por contenerse, le espetó:

—Un momento, dime... ¿Cuántas madres tienes tú?

—¿Qué tiene que ver?... Es costumbre que...—decía Lina.

—Tú tienes una sola madre y soy yo.

—Esté usted tranquila, no me interesa—dijo con airecillo despectivo la madre de Carlos.

—¿Lo ves? Ni siquiera eso le interesa—dijo Rosa con ironía.

—Bueno, basta—dijo Lina resuelta, desesperada de aquella plática de familia violenta e interminable.

Y dirigiéndose a su suegra, quiso explicar amablemente:

—Quizás mamá ha exagerado un poco...

—¿Qué dices?—terció su madre, que no quería correcciones en su «texto».

—Déjame hablar a mí—le cortó su hija—. Quería decir—siguió—que si mamá se queda un día o dos es para ayudarme un poco... darme algún consejo... Como ella tiene más práctica que yo...

—Justo, ¿Y qué mal hay en que yo también te ayude y te aconseje? ¿O es que mis consejos valen menos que los suyos?—dijo desafiadora.

—No digo eso—se apresuró a rectificar Lina—. Pero ¿cómo nos las vamos a componer?... Esta casa no es tan grande como para...

—¡Oh, eres muy amable preocupándote!—dijo María con diplomacia.

Y añadió resuelta:

—Pero yo me adapto a cualquier cosa. Si fuese éste el primer sacrificio que hago por mi hijo... Y después de todo, ¿qué madre no dormiría en el suelo por salvar a su pequeño?—dijo con un aire de tragedia griega que dejó cuajadas a Lina y a Rosa.

* * *

Carlos ascendía por la escalera de su casa, cuando en la misma se encontró al autor de sus días, que subía también a un ritmo más lento. Carlos, sorprendido, le preguntó:

—Papá, ¿cómo tú por aquí?

Pedro aprovechó para tomar aliento.

—Y me lo preguntas a mí—dijo sulfurado—. Voy a casa, no encuentro a nadie, tu madre no está, la criada tampoco. Me ha dado un ata-

que. Poder ser al fin el dueño de mi casa, no ver a nadie... y saberlo así, de repente... Ya sabes que sufro del corazón... En cambio, me telefona tu madre... está aquí...

—¿Dónde aquí?

—En tu casa.

—¿Y qué quiere?—preguntó el hijo extrañado.

Pedro narró los hechos.

—Que estabas en peligro, que debíamos hacer algo...

—¿Qué peligro? Yo no estoy en ningún peligro—desmintió.

Los dos seguían subiendo y Pedro decía trabajosamente:

—Será alguna otra cosa que se le ha metido a tu madre en la cabeza. ¡Ojalá sea para bien! A propósito, ¿cómo te va con tu mujer?

—Bien... Bien—repuso Carlos distraído, pensando en otra cosa.

—¿Sabes? Los primeros días hace un poco de impresión tener una mujer... pero después, uno se acostumbra...

Carlos, oyendo sus comentarios como quien oye llover, impaciente por saber qué era lo que ocurría en su casa, iba a llamar a la puerta. Pero su padre le sujetó la mano. Pocas veces le dejaban hablar, expansionarse sin interrumpirle, y no iba tan pronto a dejar pasar la bendita ocasión.

Aprovechando un descuido de su padre, Carlos ha podido llamar a la puerta. Ante la estupefacción de los dos, que se miran sin comprenderlo, les abre la puerta Carmela, fresca y sonriente. Pero no terminan con ello las sorpresas, porque detrás de Carmela aparece Pepita, la criada de Pedro, fatigada de haber corrido. Muy resentida, dice a Carmela:

—Oye, aquí es necesario ponerse de acuerdo: la puerta ¿la abres tú o la abro yo?

—Eso será establecido por la señora—decidió Carmela.

—Un momento... ¿Pueden explicarme qué hacen ustedes aquí?—di-

jo Carlos, entrando y encarándose con ambas domésticas.

—Yo qué sé. La señora me ha dicho: «Ven», y yo he venido—repuso Carmela.

Y Pepita explicó a su vez:

—A mí, la señora me ha dicho: «Si te quieres divertir un poco, ven conmigo»... Pero hasta ahora no he visto la diversión por ninguna parte.

Porque quizás la muchacha esperase que la convidasen al cine, y estaba decepcionada.

Carlos estaba furioso.

—Pues ahora voy a hacerles ver la diversión—dijo.

Y adentrándose por las habitaciones, empezó a dar voces:

—¡Lina! ¡Lina!...



—Tú... ¿me quieres todavía?

—¡Quietos!



—¿Qué pasa? (No corra
el cochillo?)



—Pronto vuelvo y comen-
tamos.

E M P E Z O E N B O D A



— Bien, Carlitos! ¡Ah,
que te oigan!

— Pero ese día no llegará
nunca, te doy mi palabra.
¡Nunca!



—Lo siento...



—Ya sonrío, soy la ma-
má...



—... porque tú eres la
mejor, y hasta.

—Ah, el celoso... bien
le decimos la verdad a An-
tonio.



—Tú, a la cama, en seguida...



—... papá se olvidó de pagar la fianza...



—¿Qué quieres tú?

—Está bien. Ahora mándalo llamar a los guardias.



—¿Y cómo se puede hacer callar el dolor de una madre?



—Le daré a usted una lección.

UNA PARODIA DEL PARAISO CON SERPIENTE Y TODO

CARLOS y Lina, en el despacho del primero, discutían acaloradamente. El está furioso y ella trata de calmarle.

—Ten paciencia, querido—le dice—. Se trata sólo de pocas horas...

—¡Ni siquiera un minuto más! —replicaba él, desesperado—. Yo me he casado para vivir en paz, para tener mi casa...

Y llegado a este punto de su discusión, un fuerte arpegio de trombón se dejó sentir.

—¿Qué es esto? ¿Qué pasa?—gritó pegando un respingo.

Lina quería morirse, pero tuvo que contestar:

—No es nada. Es el tío Victorino...

—¿También el aquí?—dijo con los ojos extraviados.

—A la fuerza, ya lo sabes—respondió Lina.

Y haciendo una expresiva seña con la mano en la frente, como para indicar su falta de cordura, explicó:

El se acercó a su mujer muy intrigado y sorprendido.

—¿La culpa es mía? ¿Qué dices?

Lina seguía llorando y entre hipos iba diciendo a Carlos, que se había sentado junto a ella:

—Sí, hoy...

—Pero dime...

—Hoy te has quedado sin comer.

—Y bien, ¿es mía la culpa?

—No, la culpa es mía—reconoció ella noblemente.

—¿Entonces? ¿Te he regañado?
¿Te he dicho algo?

—No, precisamente por eso...

—¿Cómo? ¿Me echas la culpa porque no te he regañado?...

—Sí...

—Esto es el colmo...

—Sí, porque me he sentido humillada, desgraciada...

Y al llegar a este punto de su discurso, volvió a derramar lágrimas copiosas.

—Y he tenido que llorar—dijo como un niño.

Carlos, afectuoso y conmovido por las lágrimas de la pobrecilla, le cogió la cara.

—¿Qué tontería! Por tan poca cosa...

—Ha venido mamá—continuó ella.

—¿Le has explicado?...

—No lo ha creído...

—Naturalmente, con aquella cara...

—¿Carlos!—exclamó Lina en un quejumbroso reprocho.

—Perdona...

—¿Carlos!—gritaba Lina asustada.

Cuando Carlos llegaba a la puerta, el tío Victorino, como si llevase alas en los pies, ya había desaparecido, naturalmente. Pero en su lugar aparecían las dos consuegras, Rosa y María; y la primera, dirigién-

dose a su hija y tomándole la cara, dijo:

—¿Tú has llorado!

Y encarándose con Carlos, exclamó:

—¿La has hecho llorar otra vez?

—Yo no—dijo Carlos. Y su madre acudió en su ayuda:

—¿Y qué mal hay en ello? Un marido puede hacer llorar a su mujer. Pedro me ha hecho llorar a mí muchas veces y, sin embargo, yo le quiero mucho...

—¡También tú!... ¡Mamá!...

Carlos empezó a afligirse.

—Anda, Carlitos. No te amilanes...—le animaba su madre.

—¡Por favor!—suplicó él, que quería reflexionar tranquilo.

—No, no. A esa clase de gente hay que enseñarle los dientes, ya te lo había dicho; Carlos, ten cuidado.

Entraba Pedro en este momento con una bata de Carlos, diciendo:

—He cogido tu bata... Me está un poco estrecha... también he cogido las zapatillas... —Y encarándose con su mujer, dijo:

—A propósito. Has pensado sólo en ti. Ya sabes que llevo zapatos nuevos...

Carlos levantaba los ojos al cielo.

—Rosa, Rosa... ¿Dónde demonios estás?—gritaba Pablo, entrando en la habitación en busca de su

mujer. Venía en mangas de camisa.

—Es extraordinaria esta mujer— explicó a los presentes—. Cuando no hace falta está siempre a mi lado; en cambio, cuando la necesito... ¡Rosa!... ¡Rosa!...

Los tres hablaban al mismo tiempo, y para reforzar la algarabía, se presentó el tío Victorino con su trombón, tocando a rancho y con un gorro de periódico de forma cómica. Aquello, en verdad, no había marido que lo pudiera soportar, y Carlos, murmurando algunas palabras que se perdieron entre el rumor general, se dejó caer exhausto en un sillón, cerrando los puños en un paroxismo nervioso.

La mesa disfrutaba un lleno. A su alrededor estaban sentados Carlos, Lina, Rosa, María, Pedro, Pablo y el tío Victorino.

Un silencio mortal pesa sobre todos los comensales.

La cara de Carlos se puede vender por metros y Lina le mira constantemente de reojo.

Solo se atreve a romper aquel silencio el tío Victorino, que mirando los platos vacíos pregunta muy preocupado:

—¿No se come?...

—Ahora... Ten paciencia — dice Rosa, hecha un modelo de cordura. Pero Pablo, cansado, refuerza las

quejas, golpeando la mesa con un cuchillo:

—Tiene razón, ¿qué esperamos?

—¡Carmela! — gritó Pablo con autoridad.

—¡Pepita! — chilló Pedro, en uso de sus derechos.

Las dos criadas, a una sola voz, responden desde el pasillo:

—¡Vamos pronto!

Aparecieron las dos criadas, la una con una sopera y la otra con unos platos, y como las dos no cabían a un tiempo por la puerta y ninguna quiso ceder el paso a su contraria, empujándose, comprometen sus cargas y sopera y platos, con su contenido, caen por el suelo, haciéndose añicos y poniéndose todo como nuevo.

Ante el sobresalto general, Pablo exclama con ira:

—Bueno, queremos empezar con el segundo plato, ya que el primero... se acabó... — dijo, señalando los vestigios de la sopa en el suelo.

—Un momento, un poco de calma — dijo Rosa. Pero Pablo no estaba por ello:

—¡Caramba con la calma! Yo he trabajado mucho hoy. Tengo hambre...

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Que yo estuve mano sobre mano?

—le gritó Rosa de cerca. Pero su marido no temió al contestarle:

—Como hayas estado tú no me importa. Pero si sé cómo he estado yo, con un hambre de lobo, muerto de cansancio, en casa de otros y con la sopa por los suelos... Dime tú si estoy bien...

Pero Rosa, lanzando una mirada expresiva hacia Carlos, replicó elativa:

—¡Ah! Hubieras estado mejor en tu casa, con la nariz en el plato, sabiendo que tu hija se consumía a fuerza de llorar...

—Lo podía haber pensado antes mi hija—repuso Pablo, levantando los hombros con indiferencia. Y añadió, señalando a Carlos:

—Y ya no tiene remedio. Ella lo eligió, y ahora tiene que aguantarlo...

—Gracias—repuso Carlos, sonriendo irónico.

—¡Bonito modo de hablar un padre!—expresó Rosa con despecho.

—Feo o bonito, es así, no hay otro—respondió Pablo con aplastante lógica.

—Y bonito modo de responder...—siguió su cónyuge—. Sobre todo delante de ellos... ¡Quién sabe lo que pensarán!...

—¡Oh! Lo que hemos de pensar, ya lo hemos pensado—exclamó María con crueldad refinada.

Pero Pablo se encaró ahora con ella:

—Y usted, señora mía, mantenga la lengua quieta...

—¿Has oído? ¿Qué haces tú ahí?—dijo María a su marido para que sacase la cara por ella.

—Yo, nada, ¿qué es lo que debo hacer?—repuso Pedro ingenuo.

—¿No oyes que me está insultando?—repuso ella, livida.

—¡Ah, sí!—dijo él, como cayendo de un guindo. Y muy seriamente replicó a Pablo:

—Por favor, no la insulte.

—¿Y se lo dices así?—preguntaba descompuesta María.

—¿Cómo quieres que se lo diga? Somos parientes. No le puedo romper la cabeza...

Pero Pablo ha comprendido la burla de Carlos y le dice muy cargado:

—¿Oye, tú crees que he vivido cincuenta años para que me enseñe a vivir un «pollito» como tú?

Carlos se levantó, poniéndose serio y diciendo resuelto:

—¿Y usted cree que me he decidido a poner casa y a tener mujer para que...?

Lina, espantada, temiendo lo peor, se interpuso entre ellos, gritando:

—¡Basta! ¡Basta!... ¡No puedo más!...—y con los nervios destrozados, salió corriendo de la habita-

ción, seguida por su madre, que la llamaba:

—¡Lina, hija mía!

Y como en este momento avanza Pepita con dos o tres platos entre las manos, y Rosa no pudiera detenerse a la velocidad que llevaba para seguir a Lina, el choque fué fatal, rompiéndose los platos, sin que ello fuera obstáculo para detener a Rosa:

—¡Quitate de delante tú también! —dijo empujándola colérica.

Las caras de los que están en torno a la mesa expresan la consternación que les embarga. Pablo, saltando la servilleta enfurecido, exclama:

—¡Bueno! ¡También el segundo!

Y el tío Victorino, presa de un regocijo inexplicable, bate palmas, cantando como un chiquillo:

—Esta noche a la cama sin cenar... a la cama sin cenar... a la cama sin cenar...

Un reloj da las once (que son de la noche) y Carlos, sentado en un diván en el saloncito de su casa, fuma nerviosamente.

Por la puerta avanza sin ruido el tío Victorino, que parece un fantasma dentro de su gran camión

de noche. Despacio da a Carlos unas palmaditas en la espalda:

—Perdóname... Podrías...

Carlos se ha sobresaltado. Al reconocerlo, pregunta:

—¡Ah! ¿Es usted? ¿Qué quiere?

El tío Victorino parecía avergonzado. Murmuró confuso:

—Quería saber dónde está el... hum... hum...

Carlos comprendió en seguida:

—Al fondo, a la derecha.

—Gracias, querido—dijo alejándose a saltitos.

Carlos da puñetazos en el brazo del sillón para desahogar toda su rabia sorda. Aparece Pablo en mangas de camisa, murmurando:

—¿Dónde diablos estará?...

—Al fondo, a la derecha—repuso Carlos expeditivo. Pero el otro le miró estupefacto:

—Mi mujer... al fondo, a la derecha...

Llega Lina en aquel momento:

—¿Qué quieres, papá? —le preguntó.

—¿Dónde está tu madre? Dile que si no viene en seguida... yo me duermo... y después, si comenzó a roncar, ella no puede coger el sueño... no quiero discusiones...

—Está en mi cuarto... Ahora se lo digo... —le explicó, acercándose a Carlos.

—Bien, buenas noches—contesto Pablo, conforme.

—¿Te parece bonito todo esto? —decía Carlos amargado—. Tu madre por un lado, tu padre por otro... tu tío, al fondo a la derecha, yo aquí, tú... En fin... Es para volverse loco...

—Cálmate... Ya es de noche... No podemos echarlos ahora... Mañana ya veremos...

El tío en camión atraviesa la estancia. Se para confuso y tose.

—Dispensadme —dice humildemente.

Y como viera que Lina se separaba de Carlos, les animó, corriendo hacia su cuarto:

—Seguid... seguid...

—Gracias... —dijo Carlos entre dientes.

Lina se aleja y Carlos se queda mirándola, levantándose después y pegando una patada al sofá, sabe Dios por qué resentimientos con el pobre mueble. Se hace daño en el pie y pensándolo con calma, examina el sofá por si se hubiera deteriorado... Pasea nervioso, enciende otro cigarrillo y abriendo la ventana se sienta en el marco. Se sobresalta al escuchar la voz de Clotilde que lo llama:

—¡Hola, Carlos!

El aludido ve a Clotilde que, asomada a la ventana de la cocina de

su casa, y sencillamente en bata, le pregunta:

—¿Qué es eso? ¿Ya te has peleado con tu mujer?... Demasiado pronto me parece...

Carlos contestó apurado, aplanando la voz:

—No lo digas ni siquiera en broma... Estoy aquí por... por tomar un poco el aire.

Clotilde, que tiene entre los labios un pitillo apagado, al no encontrar una cerilla en el cajón de la mesa de su cocina, pregunta a Carlos:

—¿Tienes una cerilla, por favor? He venido a la cocina creyendo que había una caja de cerillas y no la hay...

Y diciendo y haciendo, baja del marco de la ventana para dirigirse hacia la puerta del salón. Clotilde, que le mira, sonríe satisfecha y sale rápidamente a abrir su puerta. Carlos se acerca, dejando entreabierta la de su casa y le entrega la caja de cerillas, que ella agradece con una sonrisa:

—Gracias...

—De nada... Entre vecinos... —dice sonriendo también.

—Ya. Vecinos... —Y romántica, rememora:

—¿Recuerdas? Decías siempre que no te casarías nunca, y sin embargo...

—Ya. También tú decías siempre que no te casarías nunca, y sin embargo...

Clotilde sonríe tristemente:

—Pero yo no estoy casada...

—¡Ah! ¿no? —dijo Carlos confuso.

—No, pero tengo novio formal...

—añadió justificándose. Luego le invitó:

—¿Quieres ver mi casa? Entra.

Carlos no sabe qué hacer y se vuelve a mirar hacia la suya. Ella le tranquiliza y le envuelve:

—Dejemos la puerta abierta...

—y cogiéndole de un brazo, le hace entrar.

Dejan las puertas entreabiertas, efectivamente, y cogidos del brazo avanzan por la casa de Clotilde, mientras ella charla:

—Dice que quiere casarse conmigo...

—¿Quién?

—¡Mi novio!

—¡Ah! ¿Y tú?

—No lo sé. Es demasiado celoso... Este es el gabinete—dijo mostrándole una habitación. Carlos miró distraídamente, preocupado como estaba.

—Está bien... Claro, que para lo que a ti te gusta...

—Es pequeño, pero me agrada.

—No, lo decía por el novio celoso...

—¡Ah, sí!... A mí me gusta sobre todo la libertad... Y tú lo sabes... Nos peleamos precisamente por eso...—Y mostrándole otra habitación, le dijo:

—Este es el comedor...

Llegaban a un recodo del pasillo. Carlos, echando una mirada sin interés, alabó:

—Muy bonito, muy bonito... Se parece un poco al mío...

—¿También tú lo has comprado a plazos?...

—Sí...

—Por eso se parecen... —dijo ella jovialmente, riéndose los dos. Carlos, para disimular su turbación, ríe más fuerte que ella.

Dando una vuelta al pasillo, han llegado a otra habitación.

—Aquí está el dormitorio... —explica ella.

Carlos decide marcharse y deja de reír.

—¿Tienes miedo? —le pregunta Clotilde.

—No, pero ya sabes... La puerta está abierta...

—¡Oh! Mi casa se ve en seguida...

Han llegado a un saloncito, con muchas puertas, todas recubiertas con largos cortinones de terciopelo. Clotilde, cogida del brazo de Carlos, le pregunta mirándole fijamente:

—¿Qué impresión te hizo la otra noche, cuando me viste en la puerta?

—Como una ducha fría...—respondió él.

—A mí como una ducha caliente—respondió ella melosamente. Y continuó:

—Porque yo te he querido mucho, mucho...

Carlos la interrumpió:

—Es bonito este salón... ¿Adónde da?...

Pablo, en mangas de camisa, atravesaba el salón llamando a su mujer:

—¡Rosa!...—cuando al pasar por delante de la ventana abierta, se acerca a mirar, sorprendido al divisar a Carlos y a Clotilde juntos, en la casa de enfrente. Livido por la rabia cierra los puños, diciendo:

—¡Qué cara más dura!... ¡Ro!... ¡Li!...—pronuncia palabras incoherentes, paseando por el salón sin saber qué determinación tomar.

En el saloncito de Clotilde, Carlos se despide, estrechándole la mano:

—¡Muy bonita! ¡Verdaderamente bonita!—dice echando una ojeada a la casa.

—Vendrás a hacerme una visita de vez en cuando...

—Sabes...

—Con tu mujer, naturalmente...

Él asiente de un modo vago y va a marcharse...

Pero Pablo en mangas de camisa y Pedro en bata, hablando con calor, salen de casa del joven matrimonio dirigiéndose a la de Clotilde, mientras van diciendo:

—Es una vergüenza... —gruñía el primero—. Yo no digo que sea un santo... pero ciertas cosas...

—Si lo que dices es verdad... Aunque tenga treinta años, palabra de honor, te voy a dar un par de puntapiés... —respondía Pedro, y ambos se entraron por la puerta de la temible vecina.

Clotilde, que ha sentido rumor en su puerta, espantada, empuja a Carlos hacia el interior de la casa, exclamando:

—Es él... por favor... si te encuentra aquí...

—¿Quién?

—Antonio...

—¿Y quién es?

—Mi novio...

—¡Ah, el celoso!... Bien, le decimos la verdad a Antonio...

Clotilde, que ha perdido la cabeza, empuja violentamente a Carlos detrás de una cortina:

—¿Estás loco?... Ese no razona... Tiene un carácter... —y le obliga a esconderse, diciendo nerviosamente:

—Escóndete... hazlo por lo que más quieras...

—Con mucho gusto, pero... tranquilízate — contesta él, fingiendo una serenidad que está muy lejos de sentir.

Clotilde sale al encuentro de Pablo y de Pedro, que lentos pero seguros siguen adelantando por su casa, dejándose a la retaguardia la puerta abierta.

—¿Quiénes son ustedes? — les pregunta.

—El padre... — dice Pedro con aire feroz. Y haciéndole el dúo, pero con voz aun más cavernosa, dice Pablo:

—¡El suegro!

—¿De quién? — pregunta ella sin compaginar todavía.

—De mi hijo — responde el primero.

—De mi yerno... — contesta Pablo. Clotilde se pasaba una mano por la frente, no sabiendo si perder el conocimiento.

—No comprendo... — dijo al fin.

La cabeza de Carlos asoma entre los cortinones de la puerta del saloncito. Pablo, que lo ve, va hacia él:

—¡Ah! Aquí está el señorito...

—y Pedro le sigue mientras Clotilde va hacia la puerta de la calle con ánimo de cerrarla.

Pedro y Pablo se erigieron en jueces de Carlos:

—Y ahora vas a arreglar cuentas conmigo... — decía Pablo.

—Un momento... que estoy primero yo... — exigía Pedro. Y poniéndose los tres a dar voces sin entenderse, armaban una algarabía de mil demonios.

—¡Eh! ¡Chist! ¡No griten! — exigió Clotilde, reuniéndose con ellos después de cerrar su puerta.

El tío Victorino, siempre envuelto en su gran camisón, se ha encontrado sorprendido con la puerta de la casa abierta y se ha largado al descansillo con aires de explorador. Algo le llama la atención en la puerta de Clotilde, y por último, decididamente, como el que realiza alguna idea maravillosa, se entra por casa otra vez, cerrando la puerta.

En el saloncito de Clotilde sigue la conferencia y no de la paz, precisamente. Todos gritan, todos se meten las manos por los ojos...

—¡Chist! ¡Silencio! — grita la dueña de la casa, sin poderse hacer con ellos. Consigue que se callen al fin:

—¡Qué vergüenza! Gritan tanto por nada. Estén tranquilos, que nadie les roba a Carlitos... cójanlo, llévenselo... y márchense todos...

—Y diciendo y haciendo, cogió a Carlos de un brazo, trasladándole

como si de un objeto se tratase, para ponerlo en medio de los otros dos.

Pedro dice a Clotilde:

—Calma... Yo primero quisiera aclarar...

—Sí, pero en seguida... —dice ella, deseosa de perderlos de vista.

—¿Y por qué hemos de darnos tanta prisa?

—Porque va a llegar él... —responde ella, que hace un rato que está sobre ascuas.

—¿Y quién es él? —interroga Pablo.

—El... Mi novio... —explicó Clotilde.

Esta vez fué Pablo el que se rió con ganas:

—¡Ah!... Ja, ja, ja... El novio... Ja, ja, ja... Esta sí que es buena... Que venga el novio de esta señorita... Justo, ésta es una noche en la que me gustaría romperle los dientes a alguien... —dijo mirando a Carlos.

Los cuatro personajes se miran muy inquietos; Clotilde está preocupadísima.

—Todo por culpa tuya... pedazo de alcorcho —dice Pedro a su hijo, lleno de ira.

—Pero, papá... ya...

A Clotilde le arden las mejillas:

—No empecen de nuevo ahora...

—les dijo.

Y como se opera otro timbrado

prolongado, sobresaltada, empujó a los tres hacia las cortinas, mientras les iba diciendo:

—Por ahora, escóndanse... después... después...

—Nosotros somos tres. Yo no tengo miedo —decía Pablo.

—Yo, sí... —confesó ella—. ¡Cállense! —Y primero a Carlos, que fué el más dócil y se volvió a su primer escondite, y después a su padre y a su suegro, que se resistían, los aglomera detrás de las cortinas haciendo a abrir la puerta en un arranque de heroísmo.

El temible novio de Clotilde, que no es otro, por desgracia, que nuestro conocido representante de alos rodamientos a bolaso, mientras espera que le abran la puerta se arroja el nudo de la corbata y toma en la mano un paquete de chocolatinas.

Clotilde le abre al fin, y con aire inocente le pregunta:

—¡Ah! ¿Eres tú?

—Pues ¿quién querías que fuese? —dice él, colándose de rondón.

Y para ver si la sorprendía, preguntó:

—Esperabas a otro, ¿eh?

—Mira, no empecemos con los dichosos celos... porque...

—¿Por qué? —dijo Antonio.

—Porque esta noche, justamente, no está el horno para bollos.

—Está bien, está bien... No hablemos más de eso...—dijo él, conciliador—. Mira lo que te he traído—añadió, mostrándole las chocolatinas.

Ella, sin mirar siquiera el paquete, dice:

—¡Ah!...

—¿No me dices nada?—le pregunta él.

—Vamos al comedor—le decía Clotilde, cogida de su brazo, tratando de alejarle de allí.

Antonio no se dejó arrastrar, y sentándose en un diván, dijo:

—No, mejor aquí. Es más íntimo, más «tú y yo»...

Clotilde se acomoda a su lado de muy mala gana.

Carlos, que ha creído reconocer la voz del representante de los rodamientos a bolas, saca la cabeza, cautelosamente, y abre y cierra los ojos varias veces, para convencerse de que no se trata de un mal sueño. Pero Antonio ha visto reflejarse en un espejo aquella cabeza expresiva que tanto abre y cierra los ojos, y pega un grito:

—¡Ah!

La cabeza de Carlos desaparece y Clotilde, que está helada de espanto, pregunta con un hilo de voz:

—¿Qué pasa?

Su novio señala el espejo.

—Allí me pareció ver la cara de aquel idiota...—decía.

—¿Qué idiota?

—Ese Carlos Gutiérrez... ¿Le recuerdas? Tienes que haberle conocido también tú...

—Sí, pero ¿qué tiene que ver eso ahora?

—Que por culpa suya he hecho una mala digestión y ahora veo visiones. Parece que lo estoy viendo siempre delante de mí...

—Vamos fuera, querido... Tú no estás bien —dijo ella tratando de convencerle.

—Tienes razón, no estoy bien...

—dijo Antonio, pasándose una mano por la frente y dejándose convencer. Pero al ponerse de pie, vuelve a decir, rencoroso:

—Y todo por culpa de ese cretino...

La cortina que cubre a Carlos ondula naturalmente. Antonio continuaba:

—Hoy en su oficina me hizo coger dos rabietas. Dos, una por la mañana, otra por la tarde, y justamente las dos antes de comer...

Pablo desde su escondite, comenta a media voz, sin saber contenerse:

—Como las píldoras... —Se da cuenta inmediatamente de su imprudencia y se tapa la boca.

—Eso es, como las píldoras...—

sigue Antonio distraído, mientras a Clotilde se le salen los ojos del cráneo. Pero cae al fin en la cuenta, y creyendo que ha sido Clotilde la que ha hecho aquel comentario, la interroga:

—¿Por qué has dicho como las píldoras?...

—¿Yo? Yo no...

—¿Cómo que no? Lo he oído yo con mis propios oídos...

—Sí, sí... Estate tranquilo. Fui yo... He dicho como las píldoras, porque sé que tú tomas siempre tanta píldora...

A Antonio no le hace gracia esta explicación. Dice malhumorado:

—Bien... Perfectamente... Tómame encima el pelo... Vengo aquí para oír una palabra de comprensión... para estar un poco solo contigo, con la que debe ser mi mujer y tú... te diviertes tomándome el pelo...

Pero Clotilde no está aquella noche para escenas sentimentales:

—Oye. No es ésta la noche más a propósito para discutir... Hazme el favor...

—¿Y por qué no es esta noche? Porque lo dices tú. A mí, en cambio, me parece que es la noche más apropiada...

Clotilde está desesperada:

—Mira, basta, basta, basta...

Pero él, muy enfadado, pega un puñetazo sobre una mesita:

—Pues yo te digo que no basta, no basta, no basta...

—¡Vete! ¡Vete! ¡Vete! —dice ella, blandiendo la caja de chocolatinas que él le había traído.

Pero él se agarró a un caballo de bronce que estaba sobre una mesa y que no era ninguna tontería como arma arrojadiza y le amenazaba:

—No te subleves. No te subleves... ¿sabes? Porque de lo contrario...

Ella le arrojó a la cara la famosa caja de las chocolatinas:

—¡Vete, con todos tus regalos!...

Antonio, que recibe de lleno la caja de las chocolatinas, pierde el control y tira contra Clotilde el caballo de bronce. Clotilde sabe esquivarlo y el animalito va a dar con fuerza contra la cortina detrás de la cual se oculta Pablo. Se oye un grito espantoso de dolor y Pablo sale de detrás de la cortina, cogiéndose con las manos una rodilla y bailando en un pie. Clotilde se vuelve de piedra.

—¿Qué hace aquí? ¿Quién es? —pregunta Antonio, lívido por la robla, acercándose a Pablo.

—Déjame que te explique...—
quiso decir ella.

—No hay nada que explicar—
exclamó él triunfador y rencoroso—.
Está todo muy claro. ¡Hasta en
mangas de camisa! ¡Y con cuello
duro!... ¡Cínicos!

Pablo quiere responder adecuadamente, pero el dolor no le deja, y
gimiendo, sigue bailando en un pie.
Clotilde quiere remediar algo:

—Antonio, cálmate...

—¡Calla, desgraciada! —repuso
Antonio, hecho un tigre de Bengala.
Y echándose sobre el cuello de
Pablo y sacudiéndolo, gritó:

—Y ahora ajustaremos cuentas
nosotros dos... serpiente...

—Un momento, primero es necesario
que le diga... —quería explicar
Pedro.

—¡Fantoche! Y todavía tiene usted
el valor de hablar.

Pedro, resentido, suelta a Clotilde y agarra por el cuello a Antonio, que a su vez no deja a Pablo, el cual sólo se ocupa de su rodilla. Clotilde, abandonada a sus propias fuerzas, no se ha caído, lo que demuestra que no se había desmayado en serio. Y como Pedro sujeta a Antonio, y Antonio a Pablo, aquello es un lío espantoso. Que viene a aumentarlo Carlos, saliendo en ayuda del autor de sus días. Antonio, al ver a Carlos, tuerce la boca en un gesto de epiléptico, y sólo consigue formular sonidos incoherentes:

—¡Ah!... No... Sí... ¡Auxilio!...
¡Me ahogo!...

Sin fuerzas ya, suelta a Pablo y se desprende de Pedro. Aspira el aire como un naufrago, se tambalea buscando un punto de apoyo, y como un oso herido se dirige dando bandazos a buscar la puerta.

EMPIEZA A DESCUBRIRSE EL PASTEL

EL tío Victorino, con aire astuto, va hacia la puerta de Clotilde, buscando afanoso el timbre para llamar. Adelanta el índice y lo retira como si aquel timbre quemase...

Las tres mujeres, por una rendijita, le observan, intrigadas, haciéndose mutuas y silenciosas recomendaciones para que él no las advierta en su puesto de espionaje.

Antonio, junto a la puerta, se encasqueta el sombrero dispuesto a largarse de allí. Clotilde, que forma grupo con sus tres huéspedes de aquella noche, le grita:

—Deja al menos que te explique...

—¿El qué?—replica él despreciativo—. ¡Explicarme! Más claro de lo que está...

—Pero yo...

—Sólo puedo decirte esto: ¡Adiós!

—¡Adiós!—contestó ella sin pizca de emoción en la voz.

Antonio abre la puerta al fin, y se encuentra al tío Victorino en camisón, lo que le hace pegar un brinco. Cogiéndole por un brazo, lo arrastra hacia dentro, dice:

—Bien. Otro más. ¡Adelante! Y éste en camisón... Viene usted a divertirse, ¿eh? — le pregunta con sorna.

El tío Victorino quería enterar a Antonio de sus habilidades, y tirándole de una manga, le explicó:

—También sé tocar el trombón...

—Y también sabe tocar el trombón... ¡Ja... Ja... Ja... Ja... Ja...— y riéndose como un loco, poseído de

una fuerte crisis nerviosa, se alejó de aquella casa.

Las tres mujeres le vieron salir, mirándose sin comprender qué podía pasarle. El tío Victorino salió al descansillo y se agarró a la baranda para ver descender por la escalera a Antonio.

En el interior, los tres hombres se despedían de Clotilde:

—Lo siento... —decía Carlos a Clotilde, sinceramente.

—No, es mejor así. Ya estaba harta de sus estupideces... —dijo ella.

—Nosotros... —quiso disculpar Pedro. Pero Clotilde había pasado demasiado aquella noche y no estaba para más discursos.

—Ahora, máschense todos... —dijo, cortándoles la palabra—. Vamos fuera... Déjeme en paz...

Y con la poca educación que la caracterizaba, sin más cumplidos, los empujó hacia fuera. Pablo cojeaba todavía lastimosamente.

El tío Victorino, junto a la puerta del piso de Carlos, mira a los tres que salen del otro piso. Pero la mano robusta de Rosa lo atrapa, y se siente introducido a viva fuerza, entornándose después aquella puerta.

Ante sí tenía a las tres mujeres que le miraban con el aire más severo.

—Tú a la cama en seguida—le

dijo Rosa, señalándole imperiosa el camino más corto.

—Sí, sí...—respondía él, intimidado, alejándose con su carterita carecterística.

Las tres mujeres continuaron allí plantadas, y cuando los tres hombres, abatidos y cansados, fueron entrando uno tras otro, Pablo, cojeando y los demás sin garbo, Rosa cerró la puerta violentamente, diciendo con aire fiero:

—Y ahora, nosotras... Tú allí... —dijo a su marido autoritariamente— y espérame—añadió significativa y belicosa, frotándose las manos—. Debo darte una friega en la rodilla.

Pablo, deseoso de evitar la friega... y la refriega, dice rápidamente:

—Pero si yo estoy bien, no necesito friegas...

Despejada la circulación, Rosa, siempre en aires de general en jefe, dijo a Lina, dirigiéndose hacia el dormitorio de Carlos:

—Ven.

Lina siguió dócilmente a su madre. Carlos dio un paso hacia ella y la llamó:

—¡Lina!...

Lina se volvió, y mirando a Carlos sin decirle una palabra, bajó los ojos. Junto a ella, sin perder detalle, estaba Rosa.

—¡Lina!—imploró Carlos.

Pero Lina bajaba la cabeza sin responderle y fué su madre la que terció:

—¿No tienes nada que decirle?

Carlos miraba ansioso a su mujer, pero ella, cubriéndose la cara con las manos, sollozó y corrió hacia el dormitorio. Carlos la siguió:

—Lina, escucha... —suplicaba. Pero la temible suegra le cerraba el paso.

—¿Ha oído? No tenemos nada que decirle. Buenas noches...—dijo muy digna.

—¡Mecachis ení!... —exclamó, ahogándose de rabia.

Rosa, que le ha escuchado, se vuelve desde la puerta y quitándole hasta el derecho al pataleo, le amenaza con el índice:

—¡Eh! ¡Chist! Jovencito, no emperemos la situación... Buenas noches...—y cerró la puerta.

Nuestro amigo Martínez baja las escaleras canturreando y en el descansillo se encuentra con Carlos. Parándose, le miró cogiéndole por un brazo y preguntándole:

—¿Todavía está usted enfadado conmigo?

Carlos, tratando de desasirse, fastidiado del encuentro, repuso:

—No, no...

—¿Todo olvidado? —insistió Martínez.

—Todo, todo—dijo Carlos rápidamente por terminar y desentenderse del buen señor.

Pero Martínez volvió a la carga:

—¡Míreme a los ojos!—dijo volviendo a cogerlo por un brazo.

—¿Qué quiere? —preguntó Carlos, realmente cargado.

—La verdad... ¡Usted se ha peleado con su mujer!—exclamó Martínez, adivinando.

—¡No!—negó Carlos con fuerza.

—¡Sí! Y ahora quiere usted hacer una gran tontería.

Carlos, cediendo a las presiones de Martínez, contestó, mientras seguía bajando la escalera cogido del brazo por éste:

—Eso sí. Una gran tontería, la quiero hacer... grandísima... enorme...

Y salió de su casa, con Martínez al lado, que espantado le oía y no le soltaba.

Daban las doce en el reloj del salón de casa de Carlos, y Lina, entrando en bata y de puntillas, se acercaba con mucho cuidado al diván, donde se figuraba que Carlos estaba descansando. Acarició el al-

mohadón, que según se figuraba servía a éste de cabegal, y muy suavemente empezó a reconvenirle:

—Carlos... ¿Por qué has hecho todo esto? ¿Por qué?

Corriendo su mano para acariciarle la cabeza, se da cuenta de que allí no hay nadie, y muy alarmada, llama:

—¡Carlos!...

Como nadie le contesta, llama más fuerte, con enorme angustia: —¡Carlos!... ¡Carlos!...

Carlos no está. Puede convencerse en seguida, después de recorrer minuciosamente el salón y el resto de la casa. ¡Se ha marchado! Y ella no quería que se marchase, ella le quiere, le necesita, no puede vivir sin él.

NOCHE DE JUERGA... TRISTE

EN un bar alegre, de los de vida de noche, aunque no del gran mundo, precisamente; entre los clientes habituales y los clientes inevitables, mientras bailan al fondo algunas parejas, en una mesa de un ángulo se encuentran Martínez y Carlos.

Éste ha bebido bastante, y alza su cope brindando con Martínez que también ha trasegado lo suyo.

—¡Alegria, alegría!...—dice tartamudeando— Esta noche estoy de vena, ¿y tú? ¿Me permites que te trate de tú?

—Con mucho gusto—dice Martínez complaciente.

—Anda, háblame de tú...—dice Carlos, cariñoso y pesado.

—En cuanto se me ocurra una cosa te la digo...—dice el otro tontamente.

—¡Ja, ja, ja!... ¿Has visto cómo me has hablado de tú?... ¡Ja, ja, ja!...

—¡Ja, ja, ja!—ríe Martínez, contagiado.

De pronto a Carlos le asalta una curiosidad infantil:

—¿Cómo te llamas?—le pregunta.

—Dilo primero tú—dice el otro algo confuso.

—Tú tienes que llamarte... que llamarte... Camilo...

—No, no me llamó Camilo—negó Martínez.

—Entonces dime cómo te llamas... Espera... ¡Bartolo!

—Tampoco.

—Sé bueno... Dime que te llamas Bartolo—suplicó Carlos, muy ilusionado con haber acertado el nombrecito.

Pero Martínez no quería pasar por nada que no fuera legal:

—Pero si no me llamo Bartolo... —corregía.

Carlos llegó a picarse:

—Está bien. No discutamos por eso. Si tú quieres llamarte como te dé la gana, adelante... —respondió.

—¡Acaba de decir estupideces! —dijo amoscado.

—Sí, pero antes dime cómo te llamas de verdad—insistió el otro.

—Atanasio.

—¿Cómo has dicho?

—Atanasio... —repitió muy grave.

A Carlos le acometió un verdadero acceso de hilaridad, y señalándole con el dedo, repetía entre carcajadas:

—¡Ja, ja, ja!... Atanasio... Te llamas Atanasio... ¡Ja, ja, ja!... ¡Camarero, otra botella!...

Y poniéndose muy serio, alzó su copa:

—Un brindis a la salud de mi amigo... ¡Atanasio!... ¡Ja, ja, ja!...

Y mientras al pobre y desenmascarado Atanasio se le ponía la cara larga y verdosa del disgusto, Carlos

se reía con todas sus fuerzas mirándole de frente y sin cejar en su diversión.

* * *

Lina, verdaderamente deshecha en llanto, está sentada en el diván donde creyó encontrar a Carlos en el saloncito de su casa, y junto a ella se encuentra su madre, un poco confusa por lo que ocurre, la cual escucha a su hija sin acertar a consolarla:

—Ahora estará desesperado... dando vueltas por las calles... —y al imaginarse de esta guisa al var que tanto quería, nuevas lágrimas arrasan sus hermosos ojos y nuevos sollozos levantan su pecho.

—Yo le conozco —seguía—. ¡Quién sabe lo que estará sufriendo!... ¡Y todo por culpa mía!...

Lina, impresionada, escondió la cara entre las manos, y Rosa, preocupada por su hija, gritó a su consuegra:

—¡Basta! ¿No ve usted que la está asustando?

—¿Y qué me importa?—chilló la otra madre, egoísta en su dolor—. Yo pienso en mis entrañas! ¡Carlos, corazón mío!...

Las lágrimas de Lina corrian ya hasta el suelo, y Rosa quería a todo trance que María se callase:

—¡Cállese!—le gritó por tercera o cuarta vez.

—¿Cómo se puede hacer callar el dolor de una madre?—y como una sonámbula, empezó a divagar, mirando fijamente delante de ella.

—¡Oh, Dios mío!... ¡Lo veo!... ¡Ahí está!... ¡Sí!... ¡Es él!...

Lina, hipnotizada y deseosa de verle también, se acercó a su suegra. Rosa también se aproximó.

—¿Dónde está?—preguntaron ambas. Y entonces María, caminando lentamente, con los ojos fijos y el aire teatral, fué diciendo, mientras las otras dos caminaban a su lado, sugestionadas:

—Una calle... Veo una calle... Oscura...—dijo para que el cuadro resultase más impresionante—. Oscura, oscura, oscura...—repitió, recargando las tintas—. Y Carlos que se va... que se va... ¿Dónde vas, Carlos?—preguntó a la cortina, de la cual, naturalmente, no obtuvo respuesta alguna.

* * *

Carlos caminaba, efectivamente, por una calle y ciertamente oscura. Aunque no iba solo. Le acompañaban una regular melopea y el bueno de Atanasio Martínez. Cogidos muy familiarmente del brazo, van cantando, y Carlos es el que canta más

fuerte de los dos, y el que caborea más al andar...

—Basta de canciones...

Atanasio, obediente, se calla y espera órdenes.

—Ahora quiero llorar...—le comunica. Pero Atanasio no está por llevarle la contraria.

—Pongámonos aquí... Dos minutos. Tú lloras un poco y después nos vamos...

Carlos agradeció el consejo, y sentándose junto a su amigo, en el borde de la ventana, le comunicó:

—Sí, tienes razón. Aquí se está más cómodo... y tú eres un amigo, un gran amigo...

—Sí, Carlitos —asintió sincera-mente Martínez.

—En cambio, la primera vez que te vi me dije: ¡Qué cara de idiota tiene eso!... y «ése» eras tú... ¿divertido, no?

—Es la vida —respondió Martínez, filosofando—. Yo también, cuando te vi, pensé: ¡Qué cara de cretino!... Y en el fondo, no lo eres.

—Sí, yo no soy cretino...—dijo Carlos muy formalmente.

—Y yo no soy idiota —afirmó Atanasio.

—Entonces, ¿qué somos?—preguntó Carlos, muy preocupado con la clasificación que les correspondía.

—¡Y quién lo sabe!—repuso el

otro, sin acertar con la respuesta. Después, prometió:

—Si encuentro alguno que me lo diga, le regalo todo lo que tengo...

—¿Eres rico?

—No.

—Entonces no encontrarás a nadie—dijo Carlos, convencido.

—Es un decir... —terminó Atanasio. Pero impacientándose, apremió a Carlos:

—Da vueltas...

—Si las diera bien, esta espalda no sería la tuya, sino la de mi mujer, que es más suave y perfumada...—añoró Carlos.

—¡Maquillaje! —respondió Martínez, despectivo.

—Y ésta no sería una calle... sino mi cama, que me ha costado tres mil quinientas pesetas, y todavía no la he pagado toda...—añadió confidencial.

—Mal asunto—opinó Martínez. Y añadió sentencioso:

—Si te hubieses comprado una cama de doscientas pesetas, a estas horas sería toda tuya, y tú estarías dentro...

—Imposible...—dijo Carlos, melancólico—. Mi puesto lo ha cogido otra persona...

—¿Qué dices, Carlitos?

—No, es una mujer...

—¿Eh?

—Mi suegra...

—A mí me parece un abuso intolerable—opinó—. Si yo fuese tú, le pondría un pleito...

—¿A la suegra?

—Naturalmente...

—¿Y si después la hija, que es mi mujer, lo toma a mal?...

Pero Atanasio estaba decidido a dejar aquel asunto arreglado cuanto antes: Razonando le fué diciendo.

—Tú le dices primero: «Hija mía»... mejor dicho, «mujer mía»... «me disgusta, pero debo ponerle un pleito a tu madre». Se lo pones, lo ganas—dijo optimista—, y tú te vas a dormir a tu cama tranquilo y feliz...

Se oye chistar dentro de la ventana, junto a la cual están sentados los dos amigos, y Carlos pregunta:

—¿Quién es?

Atanasio se vuelve a mirar hacia adentro, lo mismo que Carlos, y abriéndose la ventana, aparece la cabeza congestionada del portero, que es el que habita el sótano, y que en camisa y fuera de sí de rabia ruge:

—¿Quieren callarse de una vez, pedazo de imbéciles?

—¡Cuidado con las palabras!...

—responde Carlos muy digno.

Pero las protestas de la vecindad cundían. Una vieja apareció en la ventana del primer piso, con su go-

ro de dormir encasquetado, y les gritó:

—¡Lárguense de aquí y dejen dormir a las personas decentes!...

—¡Cállense, vieja cascarrabias! — la insultó Martínez con Carlos en los brazos.

—¿Vieja yo? Estúpido, grosero... — chilló Y alborotando el cotorro:

—¡Francisco!... ¡Socorro!... — fué gritando.

—¡Silencio! ¡Basta! — exclamó otro señor desde otra ventana.

—¡Usted no tiene educación!... — le dice a la cara.

—Y usted es un degenerado, un alcohólico, «un idóneo»... — le responde el portero, creyendo haberlo lapidado con este para él insulto cumbre.

Pero por un extremo de la calle han aparecido dos guardias, y Atanasio ordena muy razonablemente:

—Marchémonos...

—Ni por soñación — se obstina Carlos —. Yo no soy un cobarde... — y dirigiéndose al portero:

—Tú eres un cobarde, porque no sales... — dice jaquetón, remangándose la americana.

Los guardias han llegado al ruedo, y Atanasio trata de poner pies en polvorosa. Pero los guardias lo atrapan por los faldones de la americana. En tanto Carlos, cuando Atanasio le acucia, responde:

—¡Déjame ya, maladéro!...

—¿Me lo dices a mí? — pregunta un guardia con sorna.

—A quién quieres que se lo diga, viejo idiota?... — suelta Carlos inconsciente.

Los guardias lo atrapan también y luego de una breve resistencia por su parte, allá van los dos, como dos peleles, empujados por los agentes de la autoridad, entre la rechifla y los aplausos entusiastas del vecindario.

* * *

Mientras, en casa de Carlos todo era consternación y febril inquietud.

El reloj da las tres, y Lina se para a mirarle, diciendo con angustia:

—¡Dios mío! ¡Las tres!...

Como una respuesta, se oye un formidable ronquido de Pedro.

Su mujer, indignada, se acerca y le sacude:

—¡Pedro! ¡Pedro!...

—¿Eh? ¿Quién es? ¿Qué pasa? — dice despertando sobresaltado...

—¡Son las tres! — le explica María.

Pedro gruñe:

—Ya sabes que antes de las ocho no me despierto...

—¡Qué padre! — comenta Rosa.

—Son las tres y tu hijo no ha

vuelto—dice María, metiéndole los dedos por los ojos...

—¡Ah, ya! ¿Y qué puedo hacer yo?

Rosa sigue comentando con gestos desdeñosos las respuestas del buen señor.

El tío Victorino, cómodamente instalado en otra poltrona, tiene una idea genial de las suyas:

—Podemos telefonar al Depósito judicial...—les inspira.

Todos pegan un salto y las tres mujeres van diciendo, al mismo tiempo:

—¿En?... ¿Qué dices?... ¿Está loco?...

—Recuerdo que una vez...—sigue el tío Victorino, queriendo ampliar datos. Pero suena el timbre del teléfono, y con notorio desprecio para sus explicaciones, todos se lanzan hacia el aparato:

—¡Es él!... ¡Es él!... —gritaba Lina. Pero Rosa la alcanzó:

—No contestes tú. ¡Lo haré yo! —dijo autoritaria.

—¡Hijo mío! —gritaba María, temblando de miedo y ganas de saber de él. Y los dos maridos las siguieron, saliendo el último Victorino con su instrumento.

Rosa ha querido disputar el aparato a su hija, pero ésta, ya muy escarmentada, se lo quita enérgicamente y habla ella:

—¡Carlos, dime!...

Luego de escuchar algunas palabras que le llegan del otro lado, se vuelve a los suyos con una mirada vaga de desconcierto. Sigue:

—La Comisaría, yo soy la señora de Gutiérrez, de Carlos Gutiérrez... ¿Está mal? ¿Ha bebido? ¿Arsénico? ¡Ay, Dios mío, está envenenado!

María, al oír tan fatal nueva, pega un grito y se desmaya en los brazos de su marido. Pero Lina rectifica:

—¡Ah, no! ¿Vino? Ha bebido demasiado y está detenido.

—¡Detenido! ¡Imprudente!—exclamó Rosa, encantada de poder arremeter contra su yerno nuevamente.

—¡Calla, mamá! —dijo Lina. Y continuó escuchando con todo interés:

—¿Cómo? ¿Ha insultado a un guardia?... Pero, ¿por qué?... ¡Oiga! ¡Oiga!...

Pero del otro lado han cortado la comunicación y Lina se separa confusa y acongojada del aparato, sin saber qué determinación tomar.

—¡El marido de mi hija en la cárcel! —dijo Rosa explotando. Y encarándose con Pedro, que tiene todavía entre los brazos a su señora desvanecida, le dice:

—Pero, ¿cómo educó usted a ese discolo, a ese salvaje?

—No exageremos — contestó el padre del «salvaje» muy cargado. Añadiendo después muy convencido, sin duda atendiendo a sus recuerdos:

—Eso le puede ocurrir a cualquiera...

—¿Ir a la cárcel?... ¿Han oído?... ¡Es el colmo! —sentenció Rosa.

—Habrá bebido una copita de más y se comprende...

—Lo único que faltaba, también el vicio de la bebida. «¡Pobre hija mía! ¡Pobre de mí! —dice rompiendo a llorar ruidosamente.

—Termina ya, María. Te lo hemos dicho todo. Ha bebido, ha insultado a un guardia, no sé qué otra cosa ha hecho y le han encerrado...

María, con aire feliz:

—Entonces... ¿es verdad?

—Sí, es verdad, es verdad —repite Rosa con rabia.

—¡Ah, Dios mío, gracias! —dice María, respirando aliviada.

—Es extraordinario. El hijo va a la cárcel, el padre dice que eso no es nada, la madre da gracias a Dios, y yo, yo voy al manicomio, palabra de honor que voy al manicomio...

El tío Victorino encuentra esto muy divertido y dice palmoteando:

—Sí, sí, vámonos todos al manicomio...

—Vamos, no pongas esa cara. ¿No estás contenta de tener un marido tan atolondrado, tan alegre? Sale de casa y desde donde telefonéa. ¡Ja, ja! ¡Qué chico!... Divertido, ¿no? Anda, vamos a telefonéar a la cárcel para saber cuándo podemos verle, vamos... —y cogiendo de un brazo a Lina, la llevaba al teléfono.

Pero Rosa defendió el paso:

—¡Quieta! ¡No toque a mi hija! —dijo alargando el brazo para coger a Lina:

—¡Hija mía! —exclamó. Y Lina, echándose en sus brazos, sollozó:

—¡Mamá!...

PROPOSITO DE ENMIENDA

EN el despacho del Comisario se encuentran en pie, formando un grupo, Rosa, María, Pedro, Pablo y Lina. El comisario, que tiene cara de buena persona, además de inteligente, escribe y observa, alternativamente, sin perder ríspio. María, toda nervios y verbosidad, no cesa de hablar:

—¡Mi hijo preso! ¡Qué emoción! ¡No sé qué cara poner!...—A estas palabras responde el comisario con una mirada silenciosa por encima de sus gafas. María continúa:

—¡Ah, ya le encontré! Ya sonrió, soy la mamá... —Y volviéndose a Pedro, le dijo:

—Tú que eres el padre, pones una cara severa. Te va bien...—y

recomendando a cada uno su papel, indicó a Pablo y a Rosa:

—Y ustedes, indiferentes... indiferentes...

Nueva mirada del comisario a María y la puerta se abre, apareciendo Carlos con su guardia al flanco.

—¡Hijo mío! ¡Yo te perdono!... —dice María, lanzándose a su cuello con aire melódramático.

Se abrazan hijo y madre, y Carlos pasa algunos apuros para sujetarse los pantalones, ya que, como a todos los detenidos, le han quitado la correa en evitación de un suicidio.

Lina quiere también abrazar a Carlos, pero su madre, con una cara

de vinagre muy suya, la sujeta fuertemente.

Carlos se coloca frente al comisario, el cual se ocha hacia atrás en el asiento y le dice paternalmente:

—Joven, en vista de sus antecedentes... y de las lágrimas de su esposa...

—Muchas... — responde Rosa prontamente, mientras Lina baja la cabeza ruborosa.

—...le dejo en libertad ahora mismo, a condición de que me prometa solemnemente que no dará lugar a que yo le vea más por aquí... ¿De acuerdo?...—y hace a Carlos una señal de despedida. Pero Carlos, mirando al grupo de sus familiares, responde al comisario.

—No.

Todos se sorprenden, y no el que menos el buen comisario.

—¿Qué significa «no»? — in-quiere.

—Que prefiero quedarme aquí antes que volver a mi casa—dice Carlos aproximándose a su mesa.

Rosa, María, Pedro y Pablo se han acercado también, y todos, queriendo hablar al mismo tiempo, están organizando un lío de mil demonios.

—¿Ha oído? Todo porque quiero defender a mi hija...—decía Rosa.

—Señor comisario, le ruego que no tome en consideración cuanto ha dicho mi hijo...—suplicaba Pedro.

—Señor comisario, como madre de un detenido, yo apelo...—terciaba María. Y su marido rogaba:

—Señor comisario, sea bueno y perdónelo...

El señor comisario, enloquecido, se pone en pie y dando un puñetazo sobre la mesa reclama:

—¡Silencio! ¡Silencio!...—y apenas se ha podido hacer escuchar, señalando detrás de todos, dice:

—Miren lo que han hecho.

Todos se vuelven y encuentran a Lina desvanecida en el suelo. Carlos a la cabeza, todos detrás en pelotón y en último lugar el propio comisario, se precipitan a socorrerla:

—Lina, querida Lina...—le dice Carlos, dulcemente, acomodándola en un diván. Y luego ordena a todos, muy principalmente a las dos terribles consuegras que seguían armando barullo:

—¡Cállense!... ¡Silencio!...

A María se le ha ocurrido algo:

—...y entonces, está claro...—comenta. Y se apresura a comunicar alguna cosa al oído de su consuegra, la cual se queda helada. Mira a María y mira a Lina. Por fin, apartando bruscamente a Carlos, dice a su hija la terrible Rosa:

—¡Lina, hija mía! ¡Qué noticia!

—¿Qué noticia?—pregunta Lina a su madre.

—¡Silencio! No hables tú — le recomienda ésta—. Ahora déjanos hacer a nosotros...

Carlos los mira a todos, que andan secretando unos con otros, y pregunta:

—Pero, ¿de qué se trata?

—¡Hijo mío! ¡Qué noticia! — le dice su madre—. Figúrate, abuela... dentro de poco seré abuela, la abuela más joven de España... fotografías en los periódicos... entrevistas... qué emoción... gracias, Carlitos, gracias...

Carlos, incrédulo y con aire estúpido, los mira, balbuceando:

—Un hi... ¡Un hijo!... —Y trata de acercarse a Lina lleno de alegría. Pero nuevamente se interpone Rosa, su ángel malo.

—¿Qué quieres tú? — le pregunta altanera.

Carlos pone una cara como si acabase de recibir una bofetada. Mira a su suegra, después a su mujer, y muy excitado, volviéndose al comisario, dice:

—¿Qué quiero yo?... Pues... ¿Ha oído? Dico que qué quiero... Señor Comisario... yo... yo pido justicia...

El comisario tiene el aire pre-ocupado:

—Calm, joven... — le responde. Pero Carlos sigue muy excitado:

—Señor comisario... Yo les de-

nuncio... ¡Les denuncio por robo! — dijo Carlos ante la estupefacción de sus parientes.

—¡Pero está loco!... — dijo Rosa.

Pero el comisario se excitó a su vez y gritó:

—¡Silencio! Entonces, a los hechos... Diga cómo se han desarrollado los hechos... no olvide los detalles... Vamos, ¿qué le han robado?...

—¡Todo, señor comisario, todo!...

—¿Cuánto?

—¡Todo!...

—Pero todo ¿el qué? — insistía el comisario.

—Todo lo que tenía...

—¿Y tenía muchos?...

—Todo, señor comisario.

El comisario se volvía loco:

—joven, calma... calma...

Pero Carlos continuó, con la voz empañada por la más honda emoción:

—Tenía una casa, señor comisario, y ya no es mía... Tenía mujer, y ya no es mía... Voy a tener un hijo y también me lo quieren quitar, pero mi hijo, no, mi hijo, no...

—¡Oh, qué desfachatez! — exclama Rosa, aprovechando que Carlos toma resuello—. Tiene el valor...

—¡Silencio! — ordena el comisario.

Carlos se acerca a Lina:

—Tú... ¿me quieres todavía?

—¿Cómo puedes dudarlo?—responde ella.

—Entonces... corre... ven conmigo en seguida...

—¿Adónde?

—Fuera. A una pensión, a un hotel, en medio de la calle, pero a aquella casa, no...

—Oíganlo, oíganlo...—decía Rosa despreciativamente.

—¡Silencio! Es igual... —Y más reposado, pregunta a Carlos:

—La casa ¿de quién es?

—Mía... Es decir, la he comprado a plazos, pero la estoy pagando, por lo tanto es mía...

—¿Y la mujer?—siguió el comisario.

—¡Mía! ¡Toda mía!

—Naturalmente. No la iba a sacar a plazos... ya... ja... —y ríe muy satisfecho de su ocurrencia.

—Joven, coja a su mujer y vuelvan inmediatamente a casa...

—No—se resistió Carlos.

—Sí—insistió el comisario—. Y a la primera persona que trate de entrar en su domicilio, recuerde que la ley le da a usted plenos poderes para cerrarle o abrirle la puerta...

—¿También si se trata de parientes?—dijo Carlos, viendo el cielo abierto.

—Naturalmente.

—...¿Los de mi mujer, por ejemplo?

—Ciertamente.

—...¿y también los míos?

—¡Claro que sí! Ninguno, ninguno...

—¿Y si insisten?

—Telefonéeme. Le mandaré una pareja...

—Pero, Carlos...—dijo Lina, preocupada.

—¿Y la mujer, señor comisario?—consultaba Carlos—. ¿tiene derecho a...?

—La mujer debe, por tanto, obedecer y seguir al marido. Esta es la ley...

Carlos está transfigurado por la alegría:

—¿Has oído?—le dice a Lina—. Esta es la ley... ¡Viva la ley!

Y cogiendo a Lina del brazo va a salir por la primera puerta practicable que encuentra. Rosa hace ademán de seguirles, diciendo:

—¡Qué ley ni ley!

Pero el comisario la sujeta por un brazo, soplándole en el rostro otro sonoro:

—¡Silencio!

—¿Por qué?—dice ella.

—Porque sí.

—Entonces, no. Yo hablo y digo...

—También yo quiero decir que...
—empezaba María. Pero el comisario la atajó:

—Cuidado con lo que va a decir... La ley prevé también esto...

—No me importa—dijo Rosa.

—Ni a mí—dijo María.

—¡Silencio! — pero no necesita esforzarse más. Pedro y Pablo se han lanzado sobre sus respectivas cónyuges, y tapándoles la boca con la mano, las sacan de allí. El comisario no puede por menos de reír muy satisfecho.

¡AL FIN SOLOS!

CARLOS y Lina suben bulliciosamente las escaleras de su casa, riendo felices como dos chiquillos. Apenas han entrado en su piso, Carlos y Lina echan la llave y corren el cerrojo. Pero Carlos no está tranquilo aún y se dispone a correr un mueble para colocarlo delante de la puerta. Lina le ayuda y el mueble queda colocado, dejando aquella puerta impracticable.

Corren al salón y se dirigen a su dormitorio. Carlos va a encender la luz, pero Lina le para:

—¡No! ¡No enciendas!

—¿Por qué?

—Como en la primera noche... ¿Recuerdas?...—y rememora aquella su vuelta accidentada del viaje de novios. Carlos sonríe y la obede-

ce. Se acerca a su mujer, y como soñando, le dice:

—¡Solos! ¡Por fin! ¡Parece un sueño!

Pero en este momento se oye un rumorcillo sordo que sobresalta a Carlos:

—¿Qué es eso? ¿Qué será?

Enciende la luz mirando por toda la habitación, pero Lina, acercándose a la cama, grita:

—Mira...

En la cama, bajo la colcha, se dibuja un cuerpo humano.

Carlos tira bruscamente de la colcha...

Aparece el tío Victorino, abrazado a su trombón cuya boquilla tiene en la boca, y mientras duerme pacífico, envuelto en su camión, al respirar sopla en el instrumento

E M P E Z O E N B O D A

y éste es el rumorcillo que sitieron los enamorados.

Lina trata de calmar a Carlos. Pero éste, cogiendo al tío Victorino con instrumento y todo, lo deposita en el salón y cierra la puerta con llave, apoyándose extenuado.

El tío Victorino, en el suelo, filosóficamente, cruza las piernas y so-

plando en el instrumento toca su pieza favorita.

Pero el joven matrimonio le escucha ya como quien oye llover, porque en sus corazones suena otra música inmortal y grandiosa, capaz de ahogar con sus acordes todas las otras músicas mezquinas de este mundo.

FIN

Los artistas más célebres - Las grandes producciones - La mejor literatura

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

2 ptas.

El bailarín pirata	Charles Collins
Melodía de Broadway	Robert Taylor
Agua de amor	Gene Raymond
Héctor Flanomeno	Gino Cervi
El mundo a sus pies	Lily Pons
Sepultado en vida	A. Nazari
Defensores del crimen	Richard Dix
Aventura Pampadour	Kate de Nagl
Melodía rota	Willy Birgel
Titanes del mar	Victor McLaglen
Cupido sin memoria	Ann Sothern
Maria Ilona	Paula Wessely
Posada Jamaica	Charles Laughton
El caso Vare	Clive Brook
Quimera de Hollywood	Joan Fontaine
Los tres vagabundos	Helma Rühnu

SERIE ALFA

2'50 ptas.

Sabá, Toomay de los elefantes	Sabá
Tu cambiarás de vida	M. Redgrave
Las dos niñas de París	C. Barthon
¿Es mi hijo?	Lil Dagover
La última avanzada	Cecy Grant
Vacaciones juuq Harvey	Mickey Rooney
Margarita Gantier	Greta Garbo y Robert Taylor
Mortal agitación	Ann Harding
Una chica insuperable	Danielle Darrieu
Bajo manto de la noche	Edmund Lowe
Alarma en el express	M. Redgrave
Crimen de medianoche	Ramón Pereda
El signo de la Cruz	Fredric March
El asesino invisible	Walter Abel
Los dos pilletes	Jacques Tassili
Pygmalion	Leslie Howard
Maria Estuardo	Kath. Hepburn
Cuidado con la a. haca	Michael Redgrave
Por la dama y el honor	Paul Lukas
El día que me quieras	Carlos Gardel
El pequeño lord	Fred. Bartholomew
Tarzan de las flores	Buster Crabbe
Albertus nocturno	Greta Gynn
El misterio de Villa Rosa	Judy Kelly
Acusada	Delores del Río
Forja de hombres	Mickey Rooney
Lo profeso millonario	Gene Raymond
Los peligros de la gloria	James Cagney
La bella rebelde	Ann Sothern
Buscando fama	Don Ameche
Una mujer imposible	Jenny Lyon
El hombre del Níger	Victor Francen
Extraños en luna de miel	Hugh Sinclair
Andrés Harvey Tonoria	Mickey Rooney
Fruto dorado	Clark Gable
El secreto del marqués	Armando Falconi
Irene	Ara Nizzele
Una hora en blanco	Franchot Tone
La batalla	Charles Boyer
La familia Robinson	Fr. Bartholomew

BIBLIOTECA FILMS NACIONAL

2 ptas.

La última falta	Miguel Ligeró
La reina mora	María Arías
Rinconcito madrileño	P. G. Velázquez
Maria de la O	Carmen Amaya
(No quiero) (No quiero)	José Baviera
Iran tres hermanas	Luisita Cangallo
Bohemios	Emilia Allaga
Don Floripondio	Valeriano León
Los hijos de la noche	Miguel Ligeró
Martingala	Niño Marchena
Rápido usted	Calle Gámez
Usted tiene ojos de mujer fatal	R. de Sentmenat
Tierra y cielo	Maruchi Fresno
¡Al-Alá!	Inés de Val
¿Quién me compra un fiol?	Maruja Tomás
Alas de paz	Lois de Valois

SERIE ALFA

2'50 Ptas.

Carmen, la de Triana	I. Argentina
El sobre sacado	L. Cangallo
La Dolores	Rosita Díaz
La Millena	R. de Sentmenat
Suspiros de España	Miguel Ligeró
Gloria del Moncayo (Los de Aragón)	M. de Diego
El octavo mandamiento	Lina Yegros
Rumbo al Cairo	Miguel Ligeró
El difunto es un vivo	Antonio Vico
Molinos de viento	Pedro Tarril
La alquería de la huerta	Flore Santacruz
El barbero de Sevilla	Miguel Ligeró
Sol de Valencia	Maruja Gómez
Melodía de arrabal	I. Argentina
Misterio en la Marisma	C. Gardel
Rosas de otoño	Tony D'Algy
La patria chica	M. F. L. Guevara
La chica del tate	Estrellita Castro
Un anillo de familia	Josita Hernán
La culpa del otro	Mercedes Vecino
Fin de curso	Luis Prendes
Mi enemigo y yo	Luchy Soto

SELECCIONES

BIBLIOTECA FILMS 1'25 ptas.

A la lima y al limón	Miguel Ligeró
La Perrala	Maruja Tomás
Verbena	Maruja Tomás
Rosa de África	Rafael Medina
Noche de engaño	Amadeo Nazari
Cautivo del desierto	Leslie Howard
Flor de espino	Gracia de Triana
Tú, Bugarra	Roberto Rey
Buenas noches	M. Luisa Gerona
Otoño	Roberto Rey



LA MUJER DE LAS DOS CARAS



Creación de la genial

GRETA GARBO

y del simpático

MELVYN DOUGLAS

Una deliciosa novela de
intriga femenina, en una
doble personalidad, de
una respetable profesora
de ski y una frívola dama
de gran interés

ES UNA PRODUCCION



EXCLUSIVAMENTE EN

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DE



Precio: 2'50 pts.

Dep. Comercio y Justicia. 284